

PUNTO ROJO

**BRUGUE
RA**

BOLSILIBROS

POLICIACO

HAY UN TESORO EN EL LAGO

Clark Carrados



PUNTO ROJO

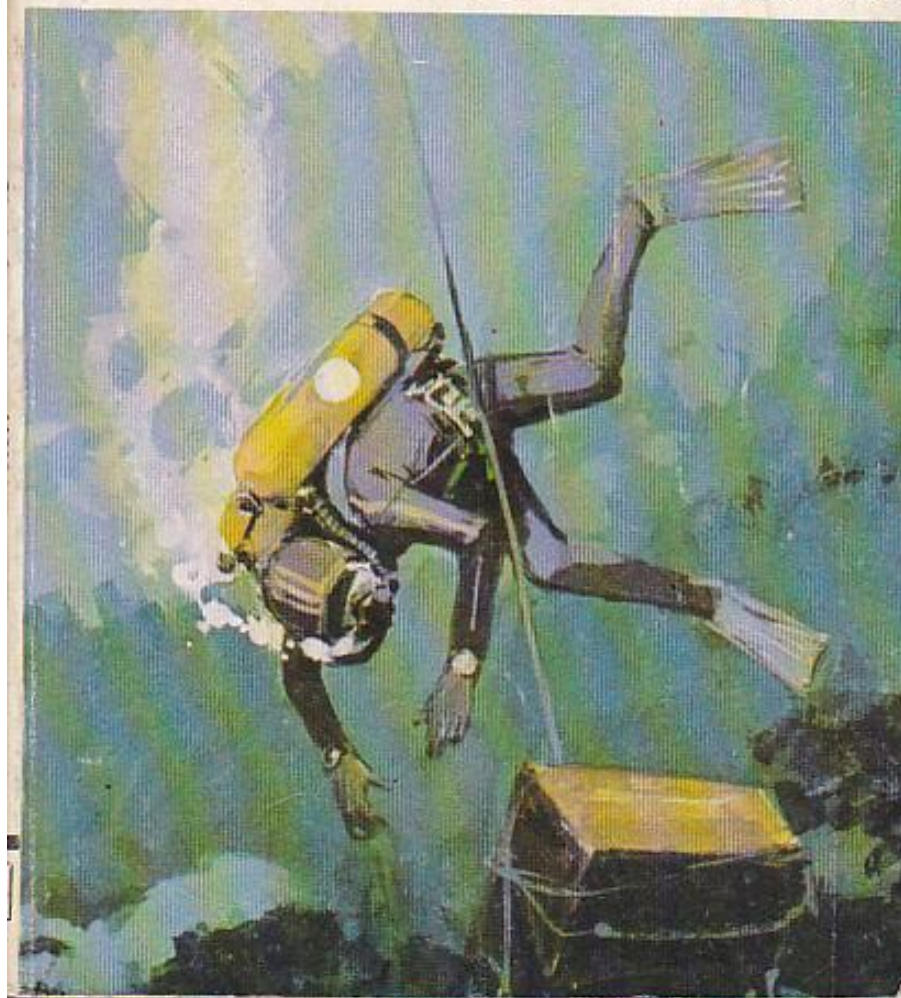
**BRU
GUE
RA**

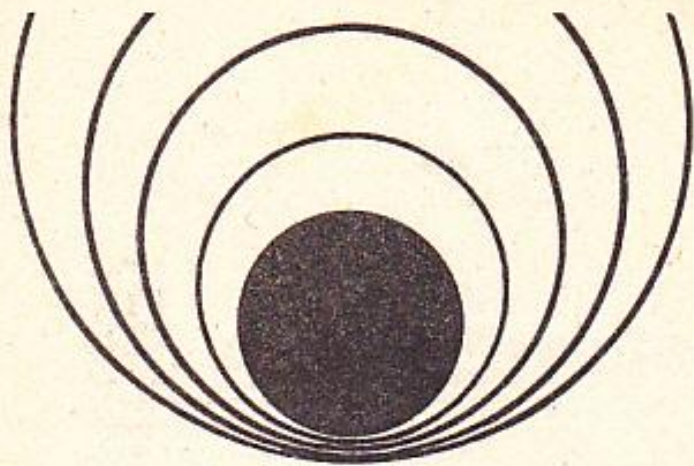
BOLSILIBROS

POLICIACO

HAY UN TESORO EN EL LAGO

Clark Carrados





PUNTO ROJO





CLARK CARRADOS

HAY UN TESORO EN EL LAGO

Colección PUNTO ROJO n.º 1.125 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.873 — Plata para los buitres.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.729 — Mejor disparar que hablar.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.658 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

636 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

1.114 — Rosas y balas.

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 32.345-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en España: noviembre, 1983 1.a edición en América:
mayo, 1984

© Clark Carrados • 1983 texto

© Desilo - 1983

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.
A.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del
Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1983

CAPITULO PRIMERO

Herb Hockiss se la encontró a la orilla del lago, sentada en un banco del parque contiguo, llorando a lágrima viva como una Magdalena, con una expresión de tanto desconsuelo, que le pareció no podía haber en el mundo nadie más afligido que aquella hermosa muchacha de largos cabellos dorados y rostro de princesa de cuento de hadas.

La cara se la vio más tarde, naturalmente, porque ahora la tenía escondida entre las manos. Ella parecía haber sido la dueña del mundo entero y haberlo perdido todo de golpe. Pero que algo grave le había pasado saltaba a la vista inmediatamente, ya que se apreciaba un rasgón en la manga de su trajecito de primavera, de vivos colores estampados, y la correa de su bolso, al lado en el banco, rota por uno de sus extremos.

Hockiss se sintió inmediatamente atraído hacia ella y ni por un momento pensó que pudiera tratarse de un engaño o una simulación. Había salido a dar un paseo y se la encontró repentinamente, en un punto desde donde podía divisarse una preciosa panorámica del lago y de buena parte de sus contornos.

A unos trescientos metros, había un embarcadero, al cual se veían amarrados algunos botes, de vela y de motor. A lo lejos, una canoa navegaba a gran velocidad, rompiendo con una línea de blancas espumas la tersa superficie de las aguas. Un par de barquitos de vela se movían perezosamente, impulsados por la suave brisa que soplaba en aquella radiante mañana de finales de mayo.

Hockiss la estuvo contemplando unos momentos y, al fin, viendo que la aflicción de la muchacha no daba señales de menguar, se acercó a ella solícitamente:

—¿Le ocurre algo, señorita? ¿Puedo ayudarla?

Entonces, ella se quitó las manos de la cara, levantó la cabeza y Hockiss vio los ojos más bonitos que le había sido dado contemplar en su vida.

—Me han robado. .. —hipó la joven.

—Y, además, la han maltratado —adivinó él.

—Sí. Yo me resistí, pero él era muy fuerte...

—¿Se trataba de algo de valor, señorita?

—Una cartera de mano que contenía... Bueno, tenía que entregarla a una persona...

Aquel miserable debió de haberme seguido y... Hace un día estupendo y me entraron ganas de darme un paseo por el parque... A los pocos momentos, él me asaltó... Yo to vi cuando era demasiado tarde...

—¿Por qué no dejó la cartera en el coche, bien cerrado? Así, el tipo no podría habérsela robado.

—Es que viajaba en el autobús y el parque está a mitad de trayecto. Como ya no iba a volver al despacho en el resto del día, decidí que no tenía importancia que perdiera unos minutos en entregar el portafolios...

—Y ahora no sabe cómo salir del apuro, ¿verdad?

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Me despedirán —se lamentó—. Me he portado como una estúpida. Mi jefe me encargó que no dejara de entregar la cartera a su destinatario... No sé qué le diré..., ni qué dirá él cuando conozca la noticia...

—Por lo que estoy viendo, el robo se ha producido no hace mucho tiempo, ¿verdad?

—Menos de diez minutos... Oh, no sé qué hacer...

—Hay un puesto de policía a poca distancia de la salida del parque. Si le parece, la acompañaré a que presente la denuncia. A propósito, me llamo Herb Hockiss.

—Yo soy Ruth Fawcett. Encantada, señor Hockiss, y muchas gracias por su amabilidad.

No es que las cosas hayan mejorado, pero ahora me siento un poco más animada.

—Lo celebro infinito. ¿Qué le parece la idea de ir a la policía? Por supuesto, tendrá que describir el portafolios...

—Oh, claro. Era de piel auténtica, color claro, liso, con el asa de un tono algo más oscuro y las cantoneras de oro...

o metal dorado, vamos... —Ruth se interrumpió de repente, con la vista fija en un punto determinado y la boca entreabierta por un sentimiento muy parecido a ¡a sorpresa—.

¡Allí! —gritó inesperadamente—. ¡Por allí va el ladrón! ¡Mírelo, con la cartera en la mano!

Hockiss volvió la cabeza y divisó a un hombre que caminaba presurosamente por la orilla del lago, situada a unos treinta metros del lugar en que se hallaban. El individuo parecía encaminarse hacia el embarcadero cercano y movía las piernas con notoria rapidez, aunque sin correr todavía.

—¿Es el ladrón? —preguntó.

—Sí, seguro. Mire la cartera, es la misma...

Hockiss no se hizo de rogar y salió disparado hacia el sujeto.

—¡Eh, párese! —gritó, sin pensar en las posibles consecuencias de su acción.

El hombre oyó sus voces, se volvió un instante y luego arrancó a toda velocidad.

—¡Párese, maldita sea! —vociferó Hockiss, sin dejar de correr tras el ladrón.

Pero éste, lógicamente, no le hacía caso. Hockiss apreció que se dirigía en derechura hacia el embarcadero. Vagamente, captó la imagen de una lancha motora que se acercaba en aquel momento al pequeño muelle, pero toda su atención estaba centrada en perseguir al desaprensivo individuo y no prestó atención apenas en el detalle.

El ladrón corría de veras. Hockiss, desalentado, se dio cuenta de que no podría alcanzarlo. Era joven, robusto, activo y nada dado a la indolencia, pero el otro, por lo visto, estaba mucho mejor entrenado y, lenta pero constantemente, le estaba sacando una delantera que iba a ser muy difícil de anular, si lo conseguía. En menos de un minuto, el ladrón alcanzó el embarcadero. Cuando Hockiss ponía pie en el extremo que tocaba a la ribera, el ladrón saltó a la lancha, conducida por el otro sujeto, quien, inmediatamente, dio gas en marcha hacia atrás, separándose del muelle con gran rapidez.

Al mismo tiempo que retrocedía el piloto hacía virar a la lancha, a fin de poner proa hacia el interior del lago. Seguramente, se dirigirían a

la orilla opuesta, a casi cuatro kiló-

metros, donde había más embarcaderos. Y, aunque habría podido llegar antes por la carretera que circunvalaba el lago, en aquellos momentos no disponía de su automóvil, por lo que, frustrado, adquirió la convicción de que el ladrón y su cómplice iban a conseguir sus propósitos.

—Se han salido con la suya —masculló, mientras la lancha daba una tremenda estrepada y salía como disparada por una catapulta gigantesca.

En la proa de la embarcación, el ladrón le hizo un claro gesto de burla, con el pulgar en

la nariz y la lengua fuera de la boca. Luego, sentado tranquilamente, se dispuso a hacer algo nada difícil de adivinar.

Aunque las imágenes disminuían de tamaño con gran rapidez, Hockiss pudo apreciar que el ladrón se disponía a abrir el maletín, para comprobar su contenido.

—Ahora verán el rico botín que han conseguido...

La lancha se había alejado ya a más de doscientos metros. Súbitamente, una gigantesca llamarada brotó de la popa de la embarcación.

Un cuerpo humano, despedazado, voló por los aires, en medio de una nube de humo y astillas de madera y fragmentos de metal de todas clases. Hockiss se quedó con la boca abierta estúpidamente.

Por un momento, le pareció estar presenciando una escena de una película muda.

Luego captó el espantoso fragor de la explosión.

La mitad posterior de la lancha había desaparecido por completo, mientras que la parte delantera, empinada de proa, se hundía lentamente. El piloto había desaparecido, hundido ya seguramente a consecuencia de la explosión, que le había debido de matar también instantáneamente.

El combustible que se había escapado de los tanques ardía ahora sobre la superficie del lago. Un par de lanchas se acercaron rápidamente al lugar de la catástrofe, con objeto de socorrer a los posibles

supervivientes.

Hockiss empezó a pensar en la conveniencia de una posible retirada. Había algunos curiosos en el embarcadero, atraídos por el estampido.

Uno de ellos hizo un comentario que Hockiss captó, mientras iniciaba una discreta retirada: —Algunos no saben lo que tienen en las manos. Hace años, a un primo mío le pasó algo parecido con su lancha y estuvo punto de dejarse el pellejo...

El joven ya no quiso seguir escuchando. Con paso mesurado, emprendió el regreso hacia el lugar donde había encontrado a Ruth. Cuando llegó allí, se llevó la enorme sorpresa de ver que la muchacha había desaparecido.

Aquello no le gustó nada absolutamente,

Frunció el ceño.

—Debía de ser una trampa —murmuró—. Ella lo sabía y fingió una comedia, con mi estúpida colaboración, aguardando el momento de ver el funcionamiento de la bomba.

Pero ¿era posible que una muchacha tan encantadora fuese una sanguinaria asesina, capaz de preparar una trampa explosiva en un maletín cuyo robo, seguramente, había provocado con toda intención?

—Está visto que hoy día no se puede fiar uno de nadie —dijo disgustadamente.

Equipos de socorro acudían al lugar del accidente. Hockiss pensó que, por lo menos al ladrón, iban a tener que pescarlo con multitud de redes cazamariposas, porque, de otro modo, no podrían reunir sus restos. El otro no habría sufrido tantos daños, pero se hallaba a menos de tres metros del centro de la explosión y era imposible que hubiera sobrevivido.

Decidió regresar a casa. Se había prometido una mañana agradable y el placer esperado se había trocado en algo verdaderamente lamentable. Hockiss sospechaba de sí mismo que deploraba más el engaño de que había sido objeto por parte de Ruth, que la catástrofe en sí.

Resuelto, caminó unos cuantos pasos y, de pronto, al otro lado de unos arbustos, divisó una mancha amarilla.

El corazón le dio un salto en el pecho. Pasó al otro lado y, durante unos segundos, contempló el maletín robado.

Entornó los ojos.

—¿Y si es otra trampa?

No parecía probable. Hizo una serie de rápidas deducciones y, al fin, llegó a una conclusión.

Ruth sabía, o sospechaba, que le iban a robar el portafolios. Por tanto, se había preparado adecuadamente, disponiendo uno idéntico y permitiendo que se lo llevaran.

El auténtico había quedado escondido allí, mientras el ladrón se llevaba el que tenía, calculó, dos o tres kilos de dinamita, que podía deflagrar mediante un mecanismo de contacto, que funcionaba al abrir la tapa. El otro maletín había quedado allí, escondido, pero, por motivos que no se le alcanzaban de momento, Ruth había escapado, dejándolo abandonado.

Resuelto, agarró el asa, levantó el maletín y salió andando tranquilamente.

Al otro lado del embarcadero, a unos setecientos metros, un par de ojos vigilaban sus movimientos mediante unos potentes prismáticos. Hockiss, naturalmente, no se percató de que estaba siendo visto y siguió andando.

Quince minutos más tarde, llegó a su casa. Después de quitarse la chaqueta, se sentó frente al maletín y puso los pulgares en las presillas.

—Como haya más dinamita, adiós, Herb Hockiss —dijo entre dientes.

Apretó a fondo. Las presillas se soltaron y levantó la tapa.

No ocurrió nada, excepto que se quedó sin respiración.

Durante un minuto largo, permaneció en la misma postura, los ojos desmesuradamente abiertos y la mandíbula inferior caída. De pronto, se dio cuenta de que se ahogaba y ello era debido a que no respiraba.

Llenó los pulmones de aire, se levantó, fue a una alacena, sacó una botella y se sirvió un buen trago. Luego regresó otra vez junto al maletín.

—Estoy viendo visiones... —musitó, mientras acariciaba con las yemas de los dedos la tersa superficie de los billetes de mil dólares, que había apilados en fajos de perfecta colocación.

Al cabo de unos momentos, contó los fajos.

Cincuenta y cada uno de ellos tenía cien billetes, lo que daba un total de...

—¡Dios mío, cinco millones de dólares! —exclamó, sin poder contenerse.

Pero ¿era posible que alguien se paseara por el mundo con cinco millones en la mano, como si fuesen moneditas de las que uno se gasta en los caballitos del tiovivo?

Ruth había dicho que le habían encargado llevar el maletín. ¿A quién?

Y, ¿quién le había dado semejante encargo? ¿dónde diablos vivía la chica?

Meneó la cabeza.

Eran demasiadas preguntas y no encontraba la respuesta para ninguna de ellas. Sólo sabía una cosa: tenía que hacer algo.

—Y pronto —se dijo.

CAPITULO II

Con la hoja de papel en la mano, se abanicó pensativamente. Había encontrado unas palabras escritas en el fondo del maletín y las había copiado puntualmente, advirtiéndole que se trataba de un nombre de mujer y una indicación que no acababa de comprender del todo. «Ella lo hará», era lo que había escrito a continuación del nombre, del que no había más detalles.

Sin embargo, le parecía conocido, aunque no lograba recordar el lugar en donde lo había oído. Al cabo de unos momentos, dobló la cuartilla y la guardó en el bolsillo del pantalón.

Anocheecía ya. Hockiss vivía en una pequeña casita, situada en lo alto de una loma, desde la que se divisaba una espléndida vista del lago y de sus contornos. Por todas partes se encendían luces, muchas de las cuales se reflejaban en la espejeante superficie de las aguas, que no parecían haber sido testigos de la horrible tragedia que se había

desarrollado por la mañana.

Al otro lado, a unos dos kilómetros y medio, una mansión resplandecía de luces.

Hockiss disponía de un pequeño telescopio y había visto la casa en más de una ocasión.

Ahora, sin duda, sus dueños daban una fiesta, pero no le pareció de buen gusto curiosear a través del catalejo. Total, para ver a unas docenas de personas divirtiéndose... Algunas, incluso, a la fuerza y no había nada más triste que asistir por obligación y sin ganas a una fiesta, pensó.

De pronto, llamaron a la puerta.

Arrancado a sus pensamientos, Hockiss volvió la cabeza un instante. Dudó en abrir, pero al fin se decidió y cruzó la sala, agradablemente decorada, para llegar al pequeño vestí-

bullo y abrir la puerta.

Un hombre apareció ante sus ojos. Era más bien bajo y algo rechoncho, aunque Hockiss adivinó de inmediato que poseía una robustísima complexión, que le haría ser un mal enemigo en caso de una lucha cuerpo a cuerpo. Tenía las mejillas azuladas y no era precisamente por causa de un maquillaje. «Debe de afeitarse lo menos media docena de veces al día», pensó.

El hombre llevaba flojo el nudo de la corbata. Algunos hilos negros asomaban por fuera del cuello de la camisa. Desnudo, si no se cortaba el pelo ni se afeitaba, debía de parecer un hombre de las cavernas. Inmediatamente, le aplicó el calificativo, aunque no en voz alta, por prudencia.

—¿Señor Hockiss? —dijo el sujeto.

El joven asintió con una especie de gruñido.

—Me llamo Pete Smith —manifestó el desconocido—. Deseo hacerle unas cuantas preguntas...

—¿Una encuesta? ¿Periodista? ¿Vendedor de detergentes? ¿Agente de seguros?

¿Representante de artistas? ¿Inventor de una escoba mecánica?

—No se burle de mí —rezongó Smith—. Serán preguntas muy fáciles y no le comprometerán en absoluto.

—Está bien, aunque no sé qué derecho tiene usted...

—Hoy ha ocurrido un drama en el lago. Una lancha explotó y sus dos ocupantes

murieron.

—Algo he visto y oído, en efecto. Pero no demasiado, señor Smith.

—¿De veras?

—¿Duda usted de mi palabra? —contestó el joven belicosamente.

—Sí.

Sobrevino una pausa de silencio. Los dos hombres se contemplaron con recíproca fijeza, como si cada uno de ellos quisiera adivinar los pensamientos del otro. Al fin, Hockiss decidió salir del «impasse» y deshacerse de aquel sujeto, cuyo aspecto no le gustaba en absoluto.

—Perdone un momento —dijo—. Ha dicho que se llama Smith.

—Sí, Pete Smith, señor Hockiss...

—Temo que se equivoca, amigo. Mire el rótulo que hay en la puerta. Yo me llamo Bill Jones.

Smith volvió la vista un instante, hacia un rótulo inexistente, lo que aprovechó Hockiss para cerrar de golpe.

Al otro lado, sonó un rugido de dolor. Hockiss sonrió para sí. «Eso sí que es dar con la puerta en las narices a un tipo», pensó.

Junto a la entrada, había una consola, con una figurita de porcelana, que representaba a una ninfa metiendo en el agua la punta de uno de sus pies. Hockiss agarró la estatuilla, dispuesto a utilizarla para defenderse.

Abrió de golpe, pero muy pronto vio que no era necesario.

Smith se retiraba, con un pañuelo en la cara, hacia el coche que había estacionado en la acera próxima, junto al borde del jardín de la casa. Entró en el automóvil y se dispuso a dar el contacto con la mano derecha. Entonces fue cuando vio al joven en el umbral.

Inmediatamente, se quitó el pañuelo de la cara. Hockiss vio que sangraba de las narices.

—¡Volveremos a vernos! —gritó Smith.

Arrancó rápidamente y desapareció en la creciente oscuridad. Hockiss se encogió de hombros, volvió a cerrar y se dirigió a la terraza delantera.

La fiesta, en la casa de la otra orilla del lago, parecía hallarse en su apogeo. Hockiss dudó unos momentos, pero, una vez más, desistió de sus propósitos de curiosear a través del telescopio.

Agarró un libro y se sentó en un cómodo butacón, pero le era imposible concentrarse en la lectura.

—¿Cómo diablos puedo leer, pensando en cinco millones de dólares?
— masculló, enojado consigo mismo.

* * *

Por la mañana, se levantó y, tras el aseo, se preparó un abundante desayuno. De nuevo hacía un tiempo radiante y, durante unos minutos, Hockiss especuló con la posibilidad de salir a dar un paseo en un bote de vela.

La casa del otro lado aparecía ahora tranquila. La fiesta, se dijo, habría terminado a

altas horas de la madrugada. Tal vez algún invitado yacía en el jardín, durmiendo la borra-chera...

—Sería interesante comprobarlo —murmuró, a la vez que se acercaba al telescopio.

Quitó las tapas protectoras de los objetivos y acercó el ojo derecho al ocular. Movié el aparato, graduó la óptica y entonces entró una hermosa joven en su campo visual.

Ella tenía el pelo oscuro, aunque no negro del todo, bastante corto, y vestía un traje de baño de una pieza, de color blanco. La transparencia de la atmósfera le permitió adivinar la espléndida figura de la bañista.

La distancia era de unos dos mil quinientos metros. Con veinte aumentos, la distancia se reducía a ciento veinticinco metros. La joven se acercó a un pequeño embarcadero y pareció llenarse los pulmones

de aire, antes de lanzarse de cabeza al agua.

Entonces, Hockiss la reconoció, porque había visto su retrato en alguna parte y se sintió estupefacto.

—¡Es ella, Prímula Rhinegreen!

Conocía a la joven, aunque sólo de referencias. Le pareció mentira que estuviese complicada en un caso de asesinato, pero la nota encontrada en el fondo del maletín no ofrecía lugar a dudas. Prímula se arrojó al agua y Hockiss se separó del telescopio, mordiéndose los labios en actitud reflexiva.

De pronto, tomó una decisión.

Salió de la casa, subió a su coche y arrancó de inmediato en dirección a la mansión donde resida Prímula Rhinegreen.

* * *

Unos perros ladraron furiosamente en el fondo del jardín. La puerta era una reja eléctrica, muy artística, pero se deslizaba sobre rieles y, además disponía de cámara de televisión y sistema de interfonos. Una voz preguntó al joven qué deseaba.

—Me llamo Herb Hockiss y necesito hablar con la señorita Rhinegreen — manifestó.

—¿Para qué? —sonó una voz a sus espaldas.

Hockiss, terriblemente sorprendido, se volvió, dándose cuenta de que Prímula estaba allí. Se le había acercado por detrás, procedente del lago, y no la había advertido hasta que oyó su voz.

Ella cubría su esbelto cuerpo con una corta bata de baño. Aunque tenía el rostro limpio de maquillaje y el pelo húmedo, le pareció infinitamente más hermosa que en las fotografías de las revistas que había contemplado hasta entonces.

—Le ruego me disculpe, señorita, pero me parece que éste no es el lugar más apropiado para hablar de un asunto de suma importancia — respondió, una vez rehecho de la sorpresa recibida.

—No le conozco a usted y no tengo por qué admitirle en mi casa — dijo ella fríamente—

A menos que me explique sucintamente el asunto que tanto puede

interesarme. Entonces, sí, le permitiré entrar y hablaremos con más comodidad.

—Está bien. He visto su nombre debajo de cinco millones de dólares en un maletín. No,

no me tome por loco, porque es la pura verdad.

Prímula se echó a reír desdeñosamente.

—No debo tomarle por loco... ¿Qué debo pensar de usted después de lo que acabo de escuchar?

—Ah, de modo que no me cree... —Bruscamente, Hockiss recordó que llevaba la nota en un bolsillo y la sacó de un manotazo, poniéndola en manos de la joven, cuya actitud le disgustaba enormemente—. Bien, yo no me he inventado nada. Aquí lo tiene usted, y espero que se convenza de que le he dicho la verdad.

Prímula tomó el papel, un tanto desconcertada, pero sin mirarlo todavía

—Por si acaso, le diré que esto es algo relacionado con la explosión que se produjo ayer en el lago y en la que murieron dos hombres. Quizá lo vio y, si no, lo ha leído en los periódicos —agregó Hockiss rápidamente—. De todos modos, es algo que no me importa en absoluto.

Prímula parecía desconcertada. Leyó un momento el papel y se puso pálida, detalle que no dejó de captar el joven.

Pero Hockiss se había enojado y no quena continuar la conversación, aunque, de todos modos, decidió dar una salida al incidente.

—Por si cambia de opinión, le diré que vivo al otro lado del lago, en Lakeview Road, número mil seiscientos once —manifestó—. No puedo decir que haya tenido demasiado placer en conocerla, señorita Rhinegreen. ¡Buenos días!

Y antes de que la sorprendida Prímula pudiera pronunciar una sola palabra, Hockiss dio media vuelta, subió a su coche y arrancó a toda velocidad.

* * *

El asunto le intrigaba sobremanera. Una y otra vez se decía que debía

despreocuparse de algo nada agradable y de lo que poco o nada bueno podía esperar, pero un impulso que se le antojaba imposible de vencer, le impelía a continuar pensando en el caso.

Había visto morir a dos hombres de una forma particularmente horrible y también había conocido a una hermosa muchacha, sumamente afligida por algo que le habían robado y que quizá pudo causarle la muerte. El rostro de Ruth Fawcett se le aparecía una y otra vez y, a cada momento que transcurría, sentía crecer en su interior los deseos de verla y hablar nuevamente con ella.

Pero no sabía dónde vivía y ello se le antojaba un obstáculo poco menos que insalvable.

De repente, se le ocurrió una idea.

—Puede que no dé resultado, pero, por intentarlo, nada se pierde —se dijo a sí mismo.

Buscó la guía telefónica y, momentos después, lanzaba un grito de alegría

—Pero ¡qué tonto soy! Podía haber mirado antes...

Anotó la dirección y se dispuso a cambiarse de ropa, para ir inmediatamente a la casa de la muchacha. Entonces, llamaron a la puerta.

Por el momento, desistió de sus propósitos. Cruzó la sala, esperanzadamente. «Tal vez era Prímula Rhinegreen», pensó, pero sus esperanzas se disiparon instantáneamente

cuando después de abrir, vio a dos individuos de aspecto muy poco agradable parados ante el umbral.

Uno de ellos era tan alto como él y más fornido, y su rostro estaba surcado por una cicatriz en diagonal, que iba desde la oreja izquierda hasta el mentón. Era hombre abundante en vello y la cicatriz trazaba una raya lívida en una barba de, al menos, tres días.

El otro era más bajo, delgado, de rostro afilado y ojos ratoniles. Llevaba en la mano un bastón y a Hockiss le pareció que debía de tener algún defecto en una extremidad, puesto que necesitaba el bastón para moverse con más facilidad.

«De todos modos la visita no podía ser menos oportuna —pensó—,

mientras hacía la pregunta de ritual:

—¿Qué desean, caballeros?

CAPITULO III

El más alto contestó:

—Yo me llamo Jory y éste es Mickles, y esto es todo lo que debe saber usted, señor Hockiss. Porque usted se llama así, ¿no es cierto?

—Sí, señor. Y, ¿en qué puedo servirles?

Mickles le empujó con el puño del bastón, dándole toquecitos en el pecho.

—Se lo explicaremos mejor dentro de la casa —dijo, sonriendo de un modo que a Hockiss le hizo sentir frío en la espalda.

El joven retrocedió. Jory cerró la puerta y se volvió hacia él.

—Señor Hockiss, voy a decirles algo y no podrá negarlo, porque sabemos con toda exactitud lo que hizo ayer en determinado momento. Estuvo hablando con una chica, a la cual habían robado algo poco antes, y luego ella vio al ladrón, con su botín y usted corrió detrás del ladrón, pero éste escapó en una lancha, con un socio, antes de que pudiera alcanzarlo. La lancha explotó poco después y usted regresó al lugar donde había dejado a la muchacha. Ella se había marchado ya, pero luego usted encontró algo que nos interesa y se lo llevó consigo. ¿He dicho algo que no sea exacto, señor Hockiss?

El joven parpadeó.

—¿Cómo es posible que estén tan bien enterados de mis actividades?
— preguntó.

La terraza estaba abierta de par en par y desde la sala se podía ver perfectamente el telescopio con su trípode.

Jory señaló con una mano el aparato óptico.

—Alguien usaba ayer un chisme parecido a ése —dijo.

—Oh, entiendo. Debo suponer, por tanto, que buscan algo que yo encontré abandonado en cierto lugar del parque, a cosa de un par de kilómetros de mi casa.

—Exactamente.

—Se trata, sospecho, de un maletín o portafolios de cuero amarillo, con el asa más oscura y las cantoneras y metales de oro. O dorados, vamos.

—Eso es —sonrió Mickles—. Lo tiene, ¿verdad?

—No.

Hockiss había decidido de repente que no podía entregar a aquellos dos rufianes algo que, al menos momentáneamente, pertenecía a Ruth. La muchacha, seguramente, no conocía el contenido del maletín, pero era ella misma quien debía devolverlo a su dueño, al que sí debía de conocer.

Mickles y Jory cambiaron una mirada.

—Me parece que no debemos perder el tiempo —dijo el primero.

—Encárgate tú de él. Yo me ocuparé del resto.

—Está bien.

Mickles manipuló en el bastón y, de súbito, apareció en su mano una larga hoja de acero, de unos sesenta centímetros de longitud, y afilada como una navaja de afeitar y con una punta que le permitiría entrar en la carne como si fuese blanda mantequilla. Hockiss vio aquel estoque y la frente se le cubrió de sudor instantáneamente.

La punta del acero se apoyó en su pecho.

—Siéntese —ordenó Mickles.

El joven obedeció. Mickles quedó frente a él, mientras Jory daba principio a lo que Hockiss, mentalmente, calificó como una orgía de destrucción.

«Algún día me las pagarás», se propuso en silencio.

Durante media hora, Jory se entregó a una devastadora tarea, buscando el maletín, sin importarle los métodos. Lanzó libros de los estantes, volcó mesas, destrozó tapizados de sillones, convirtió las habitaciones en montones de cosas revueltas indescriptiblemente y remató su tarea cortando la alfombra que tapizaba la mayor parte del suelo de la sala en una docena de tiras de diversos tamaños.

Incluso agarró el telescopio y lo golpeó fuertemente contra la barandilla de hierro de la terraza, a fin de ver si había algo en su interior. Todo lo que había en el frigorífico fue lanzado fuera, lo mismo que los cacharros de cocina, que quedaron esparcidos por todas partes.

Hockiss contemplaba la destrucción con rostro impasible, pero hirviendo de furia por dentro. Sin embargo, no podía hacer nada, puesto que la punta del estoque no se separaba un milímetro de su pecho y la atención de Mickles estaba centrada en él constantemente, sin hacer caso de las acciones de su compañero.

Al fin, Jory regresó a la sala, sudoroso, jadeante y casi sin aliento.

—Nada —dijo—. Ni rastro.

—¿Qué hago? —consultó Mickles—, ¿Empujo?

—Guarda ese chisme —contestó Jory de mal talante—. Es obvio que este tipo lo ha escondido en alguna parte. No le vigilaron continuamente y pudo salir de casa por la noche. Pero ya acabaremos por saber dónde lo escondió.

Mickles puso cara de tristeza.

—Es una lástima Me habría gustado tanto darle un par de pinchazos... Oye, ¿no crees que así hablaría?

—Puede engañarnos. Diría que lo llevó a tal o cual sitio, muy lejos de aquí, nosotros iríamos a buscarlo y él, mientras tanto, escaparía Hay métodos mejores para averiguar lo que deseamos.

—Está bien, como digas.

Mídeles enfundó el estoque y sonrió.

—Otro día será, señor Hockiss —prometió perversamente.

«Otro día te tragarás el estoque», pensó Hockiss, sin variar de expresión.

Los dos rufianes se marcharon y Hockiss se puso en pie. Tenían un coche estacionado frente a la casa y entraron en el mismo sin perder más tiempo.

Un poco más adelante, había otro coche parado. Era un descapotable en el que había un hombre sentado tras el volante, leyendo un

periódico aparentemente ajeno a cuanto sucedía a su alrededor.

El coche que conducía Jory se alejó lentamente. De pronto, arrimó el vehículo al descapotable, que quedaba a su derecha.

Una mano salió por la ventanilla de aquel lado y arrojó lo que parecía una bola de hierro negro al interior del descapotable. Inmediatamente, Jory pisó el acelerador a fondo y el coche respondió como caballo al que se le hubiera aplicado un brutal espolazo.

Hockiss se quedó con la boca abierta. Presintió lo que iba a suceder y quiso avisar al hombre del automóvil descapotable, pero la lengua se le había pegado al paladar y se

notó incapaz de emitir el menor sonido.

La bomba explotó cuando el conductor que leía el periódico abría la portezuela para salir fuera. La explosión le lanzó al centro de la calzada, con la espalda destrozada. A pesar de las horribles heridas sufridas, aún perneó un poco antes de quedarse completamente inmóvil, en medio de un enorme charco de sangre.

* * *

Había decidido que visitaría a Ruth al día siguiente. No podía marcharse sin reparar los desperfectos causados por aquella violenta incursión, aunque se dijo que tardaría varias horas en dejar la casa mínimamente presentable. No quería vivir en lo que le parecía un devastado campo de batalla.

La policía había acudido poco después del asesinato. Un agente había interrogado al joven, quien había dicho no haber presenciado nada, ya que se hallaba paseando en el momento de ocurrir el suceso. Hockiss estimaba que tenía una cuenta pendiente que saldar con aquellos dos rufianes. Aparte de ello, ¿quién podría probar que Mickles había lanzado la bomba asesina?

El policía no había entrado en la casa, ya que el joven le había recibido en el exterior.

Pero el jaleo ya se había acabado. La policía y la ambulancia se habían retirado momentos antes y Hockiss juzgó que era oportuno iniciar la labor de restauración del orden en la casa.

Entonces, llamaron a la puerta.

Apretó los labios. El telescopio yacía destrozado en el suelo de la terraza y agarró una de las patas del trípode. Con aquel arma improvisada en la mano, se dirigió a la entrada y abrió.

Hockiss tenía la pata en alto y la visitante alzó instintivamente un brazo para protegerse.

—Por favor... —rogó.

El joven se quedó inmóvil un instante, estupefacto al reconocer a Prímula. Luego, reaccionando, tiró el garrote a un lado y se apartó para que ella pudiera pasar.

—Le ruego me áspense —manifestó—. Estoy un poco nervioso...

Prímula dio un par de pasos en el interior y se detuvo bruscamente, atónita por el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

—¿Qué ha pasado aquí? —exclamó—. ¿Un terremoto?

—Algo peor, señorita Rhinegreen —contestó él de mal humor—. He tenido una visita...

Por favor, mire a ver si encuentra una silla sana y acomódese como pueda, mientras yo intento buscar algo de beber.

Prímula levantó una mano.

—No se moleste por mí, señor Hockiss —rogó—. Si no le importa, me sentaré... donde pueda. ¿Ladrones? —preguntó.

Hockiss hizo una mueca.

—Ojalá hubieran sido sólo ladrones —respondió—. ¿Le importa que encienda un

cigarrillo? Estoy un poco nervioso...

—Tome uno de los míos —dijo ella, a la vez que abría el bolso que pendía de su hombro izquierdo.

Mientras Prímula sacaba el tabaco, Hockiss la contempló a su sabor, viéndola más alta que por la mañana, ya que ahora usaba zapatos de medio tacón. Ella vestía una sencilla blusa blanca, cerrada de cuello, pero de manga corta, y pantalones cortos, casi hasta la rodilla, de color azul claro. No llevaba medias y, en conjunto, ofrecía una visión de sana vitalidad y radiante frescura, muy distinta de las fotografías

en donde había aparecido tan sofisticadamente ataviada, y que la hacía aún más atractiva de lo que era de por sí en realidad.

—Está bien —dijo Hockiss al cabo de unos momentos—.

Supongo que ha venido a visitarme, atraída por la curiosidad, ¿no es así?

Prímula asintió.

—Usted dijo algo que me concierne más de lo que se imagina. Sin embargo, no dio demasiados detalles. ¿Por qué no se explica ahora con más claridad?

—Encontré su nombre en el fondo de un maletín atiborrado de billetes de mil dólares.

«Ella lo hará», decía la nota, supongo que refiriéndose a usted. Y pienso que debía recibir el maletín, para entregarlo a determinada persona, cuya identidad ignoro. ¿Me equivoco?

—Acierta —admitió ella. Buscó una silla, se sentó y cruzó las piernas —. Tenía que recibir ese maletín y entregarlo a alguien a quien no conozco todavía, porque no me lo han dicho. Cuando reciba el maletín, me darán su nombre y sus señas y yo llevaré el maletín, lo entregaré y eso será todo.

—¿Todo? —repitió Hockiss, arqueando las cejas.

—Ya le he dicho suficiente, me parece —respondió Prímula

—Señorita Rhinegreen, por lo poco que sé de usted, me doy cuenta de que es una persona de posición digamos acomodada y que no necesita hacer de mensajero en determinadas circunstancias. Cinco millones es una cantidad muy elevada para llevarlos por ahí, en un vulgar maletín. Y cuando se trata de una suma tan alta, en efectivo, lo corriente es que se trate de algo reñido con la ley. Contrabando de dinero o evasión de divisas, como prefiera.

Ella desvió la cabeza a un lado.

—Si no le importa, me gustaría no seguir comentando el tema. Únicamente vine a saber si tiene usted el maletín. En tal caso, le ruego me lo entregue...

—No —denegó Hockiss firmemente—. No, mientras no conozca a

fondo el asunto. Una muchacha fue robada y atropellada para conseguir ese maletín, que luego resultó ser una trampa explosiva. Tal vez, si se lo hubieran entregado a usted, estaría muerta ahora...

como los dos hombres de ayer en el lago o el que ha muerto hace menos de dos horas frente a mi casa.

Prímula se sobresaltó.

—¿Otro muerto?

Hockiss movió el brazo en un amplio semicírculo.

—Mire mi casa —dijo—. Sucedió después de que dos salvajes lo destrozaran todo para buscar ese maletín.

—En tal caso, debo suponer que lo tiene usted... muy bien escondido.

—Sí.

Hockiss buscó un cenicero y lo acercó a la joven, quien depositó en él su cigarrillo a medio consumir.

—Su nombre me suena, señor Hockiss —dijo Prímula de pronto.

—Es posible, aunque no aparezco con frecuencia en las revistas del corazón —sonrió el joven.

Ella se puso en pie.

—Debo entregar el maletín o me veré en un compromiso muy serio —dijo con extraña tranquilidad.

—Puede ser, pero no le ocurrirá nada, mientras no tenga el maletín.

—Y no piensa dármelo...

—A menos que me explique con toda claridad su problema

—¿Y qué pueden importarle a usted mis asuntos? —exclamó Prímula furiosamente.

—En cierto modo, nada, pero pienso en las muertes que se han producido y quiero evitarle contratiempos. Por muy graves que sean sus problemas, siempre lo serán menos sin tener el maletín.

—Pero lo entregaré en seguida...

—Aún no sabe a quién, ¿verdad?

—No, claro que no. Me lo dirán...

Prímula se calló de pronto, mordiéndose los labios.

—Por teléfono —adivinó él.

—Sí —admitió la joven desanimadamente.

Hubo un instante de silencio. Luego, Prímula dijo:

—¿De veras... no quiere ayudarme?

—Hable claro —exigió él.

—No, no puede ser... Lo siento. Adiós, señor Hockiss.

La joven se marchó rápidamente y Hockiss se quedó muy preocupado, pensando en que Prímula debía de hallarse en un serio compromiso, para actuar de semejante manera.

Lo tenía todo, juventud, belleza, fortuna... y, sin embargo, se había embarcado en un asunto muy sucio.

—Muy sucio... de sangre —murmuró—. ¿Por qué?

Pero como, por el momento, no se sentía capaz de encontrar la solución, decidió aplicarse a restaurar el orden en la casa.

Luego miró hacia la terraza y recordó que estaba siendo vigilado. ¿Por quién y desde dónde?

—Acabaré por saberlo —se propuso resueltamente.

CAPITULO IV

Entró en el vestíbulo del edificio y consultó el indicador de los habitantes, extrañándose de no ver el nombre de Ruth en la tablilla. De pronto, oyó una voz cercana:

—¿Busca a alguien, caballero?

Hockiss se volvió. Delante de él, había un hombre vestido con un discreto uniforme, a quien juzgó debía de ser el conserje.

—Sí, en efecto —admitió sonriendo—. Busco a la señorita Ruth Fawcett. Creo que vive aquí, pero no he encontrado su nombre...

—Oh, cuánto lo siento, señor. Se marchó ayer tarde y no dejó su nueva dirección.

Hockiss contuvo una interjección.

—¿Ha dicho ayer tarde?

—Bueno, poco después de mediodía. Quizá se ha mudado a otro edificio de mejor clase, señor.

—¿Por qué lo dice?

—Estuvo unos meses sin trabajo, aunque creo que vivía de sus ahorros y también del subsidio de paro. Pero hace unos días, encontró un buen empleo... Estaba muy contenta y me dijo que sus problemas ya se habían acabado, cosa de lo que me alegré muy sinceramente, porque era una muchacha realmente encantadora. Siempre amable y gentil, y se portaba conmigo tan afectuosamente...

«Una bonita descripción de Ruth», pensó el joven.

—Entonces, supone que se mudó de casa, por haber encontrado empleo —dijo.

—No estoy seguro, señor, pero, si tiene tanto interés en verla, ¿por qué no va a su oficina?

—¡Cómo! ¿Sabe usted dónde trabaja?

—Sí, señor. Ella me lo dijo... Está empleada en las oficinas de la Blue Sea Lines y su jefe es un tal Gregory Shoutts. Creo que es consignatario de buques...

Era extraño, un consignatario de buques en tierra adentro, se dijo Hockiss, aunque muy bien podía ser el director de una sucursal de la casa matriz, establecida en la ciudad para la captación de clientes que llevarían sus mercancías por ferrocarril o carretera al puerto más próximo.

—Está bien —dijo al cabo de unos instantes—. Si quiere darme la dirección de la Blue Sea Lines, se lo agradeceré muchísimo, señor...

—Kimmel, señor, pero todos me llaman Red, es suficiente —contestó el portero.

Hockiss decidió que Kimmel se merecía una buena propina. El hombre se deshizo en palabras de gratitud, después de embolsarse diez dólares.

—Si ve a la señorita Ruth, salúdele de mi parte y dígame que la deseo toda la suerte del mundo —exclamó, cuando el joven franqueaba ya el umbral del edificio.

Hockiss subió a su coche. En el camino, vio una tienda especializada y se detuvo para comprar un telescopio mejor que el anterior, con dispositivo revólver para tres objetivos, de veinte, cuarenta y sesenta aumentos, respectivamente. Iba a necesitarlo, se dijo, mientras lo acomodaba en el maletero del coche.

Luego se dirigió a las oficinas de la Blue Sea Lines. Se llevó una terrible decepción.

Otro conserje, menos comunicativo y amable que Kimmel, le dio la desagradable

noticia de que el señor Shoutts había cerrado la oficina el día anterior, cancelando el contrato de alquiler y perdiendo el anticipo que había dado por ocupar uno de los despachos del edificio. El conserje no sabía dónde se había ido Shoutts y Hockiss no pudo conseguir más datos, ni siquiera con el estímulo de un par de billetes de diez dólares.

Decepcionado, emprendió el regreso a su casa. De pronto, se sintió asaltado por negros augurios.

Sin saber por qué, en aquellos momentos no daba un centavo por la vida de Ruth Fawcett.

Descendió por la ladera de la colina, llegó al pequeño embarcadero y salló al bote de goma que había allí amarrado. Tomó los remos y bogó cosa de cien metros, hasta alcanzar el pequeño balandro que había amarrado a una boya anclada en el fondo del lago.

El bote quedó amarrado a la boya. Después de la preparación conveniente, Hockiss izó la vela y el balandro se movió, impulsado por una suave brisa.

Mientras navegaba a cosa de doscientos metros de la orilla, contorneando el lago como un ocioso entregado a disfrutar de un día de descanso, pensaba continuamente en el asunto que ya había costado la vida a tres hombres.

La Blue Sea Lines, ahora estaba seguro, era sólo una tapadera para negocios muy turbios. Si se trataba de sacar dinero del país, ¿qué mejor medio que una oficina consignataria de buques?

Lentamente, sin prisas, el balandro se movía por la tranquila superficie del lago. Una hora más tarde, pasó por delante de la residencia de Prímula Sintió tentaciones de acercarse a la orilla para hablar con la joven, pero desistió en el acto. Prímula debía dar el primer paso para un nuevo encuentro, decidió.

De pronto, oyó una voz en las inmediaciones.

—¡Eh! ¿No hay nadie que quiera socorrer a un náufrago?

Hockiss se sobresaltó en un principio. Miró a todas partes y, al fin, descubrió la cabeza de Prímula a unos metros de distancia

Ella se le acercaba nadando, pero el balandro se desplazaba con mayor rapidez y era evidente que no podría alcanzarlo, por lo que Hockiss maniobró para aproar al viento y así ponerlo al paio. Prímula llegó momentos después y él la ayudó a subir a bordo, agarrándola por un brazo.

La joven se sintió izada como una pluma

—Es usted fuerte, señor Hockiss —dijo admirada.

—Un poco —sonrió él—. Tome la caña; iré a buscar una toalla para que se seque.

—Muchas gracias.

Hockiss descendió a la cámara, buscó la toalla y volvió a cubierta, entregándosela a la muchacha, sentada en la borda, con las piernas fuera.

—Puede continuar la navegación — indicó Prímula, mientras se enjugaba el rostro—.

Hablaremos sin prisas, sí le parece bien.

—Me parece de perlas —convino el joven—. ¿Me ha visto usted?

—Sí, yo también tengo un telescopio. Le vi salir de la orilla y supuse que acabaría por pasar a poca distancia de mi casa.

—Había más de doscientos metros — alegó él.

—He atravesado el lago a nado en más de una ocasión.

—Buena deportista —sonrió Hockiss—. Me gustaría ofrecerle un refresco, pero no tengo a bordo más que un par de latas con agua potable.

—No se preocupe, señor Hockiss...

—¿Por qué no me llama Herb, Prímula?

Ella sonrió también. Dejó la toalla a un lado y le miró penetrantemente.

—Tengo que entregar el maletín —dijo—. Hace cosa de un año, atropellé a un hombre con mi coche y lo maté. Si no lo hago, la viuda me denunciará a la policía y acabaré en la cárcel.

* * *

«Conque ese es su problema», pensó Hockiss, después de que ella hubiera hablado.

De momento, no contestó nada. Reflexionó un poco y luego se encaró con ella;

—Por lo tanto, estamos ante un caso claro de chantaje. —Sí —admitió Prímula con voz opaca.

—Usted atropelló y mató a un hombre... ¿Cómo es que la policía no intervino? ¿He de pensar que se dio a la fuga?

—No exactamente. Yo me detuve, por supuesto. El hombre yacía a un lado de la calzada, con la cabeza manchada de sangre, completamente inmóvil... Estaba aterrada, no sabía qué hacer... Entonces, apenas unos segundos más tarde, llegó otro coche. El conductor se apeó, examinó a la víctima y dijo que estaba muerto. Por lo visto, me conocía y manifestó que podía arreglar el asunto discretamente. Me entregó una tarjeta con su nombre y su dirección; era abogado y sabía las complicaciones que podía traer un asunto de esa índole.

—Poco agradables, pero aún resulta mucho peor cuando se abandona el lugar del suceso —dijo Hockiss severamente.

—Bueno, él era abogado y aseguró que lo arreglaría todo con la máxima discreción.

Desde luego, me costaría algún dinero, pero, en aquellos momentos, yo estaba aturdida, no sabía qué me hacía y asentí a todo lo que me dijo...

—¿Le pidió dinero en aquel momento?

—Oh, no, se mostró muy cortés y dispuesto a sacarme del apuro con la mayor discreción posible. Dijo que se encargaría del cadáver... Así debió de nacerlo, porque no leí la noticia del atropello en los periódicos al día siguiente ni ningún día. Luego, sí, me pidió diez mil dólares, porque había hablado con la viuda y ella se mostraba conforme con esa indemnización. Por lo visto, el hombre era un borrachín y ella debía de saber que no conseguiría mucho más de la compañía de seguros.

—Diez mil dólares —repitió Hockiss pensativamente—. Usted pagó...

—¿No habría hecho usted lo mismo? —exclamó Prímula con vehemencia

—No puedo asegurarlo —contestó el joven—. Bien, pero ahora, la viuda ha despertado de su... letargo y quiere más dinero...

—No, no, simplemente que entregue el maletín.

—¿A quién, Prímula?

—No lo sé. Me lo dirán cuando lo tenga en mi poder. Así que, ahora que ya sabe todo, Herb...

Hockiss alzó una mano.

—Un momento —pidió—. ¿Cómo sabe usted que es la viuda del atropellado?

—Porque me lo dijo ella. Dio el nombre de su marido y citó las circunstancias del suceso.

—¿Y no le pidió más dinero?

—No.

—Muy extraño —murmuró Hockiss—. En resumen, usted conoce el nombre de su víctima.

—Sí, Harry Belty. Me lo dijo el abogado, porque examinó su documentación...

—¿Ha intentado ponerse en contacto con ese abogado?

—Sí, pero ha debido de cambiarse de domicilio, porque no contestan en el teléfono que figuraba en su tarjeta de visita. Herb, tengo que entregar ese maletín, para librarme de una pesadilla que me atormenta desde hace más de un año — suplicó la joven apasionadamente.

—Creo que no debe tener prisa —dijo Hockiss—. No le han entregado el maletín y, por tanto, no pueden hacerle presión alguna.

—Pero pueden denunciar el hecho, Herb.

—¿Y cómo podrían probarlo?

—El abogado dijo que él se encargaría de todo. Por tanto, puede ser un testigo...

—Si no hay otro que corrobore su declaración, su palabra valdrá tanto como la suya, Prímula

Ella se quedó callada un momento.

Luego murmuró:

—Puede que tenga razón, pero, a pesar de todo, es un asunto que deseo dejar concluido cuanto antes.

—Indudablemente, pero a mí no me gustaría que le pasara nada, como estuvo a punto de sucederle a la chica a quien robaron el maletín con el explosivo.

—¿Cree que habría muerto si lo hubiese entregado?

—Bueno, si yo recibo un maletín como el que tanto nos preocupa, procuraría abrirlo en presencia del mensajero, para comprobar que llega la mercancía esperada. Pero supongamos que usted entrega el maletín, creyendo que así se libraré del problema del atropellado. ¿Quién nos garantiza ahora que no le pegan un tiro para hacerla callar definitivamente.

Prímula se estremeció.

—¿Lo cree posible? —preguntó con un hilo de voz

—Tal vez me equivoque, pero las cosas se han puesto de tal modo que es preciso pensar en lo peor —respondió él—, A mi me preocupa mucho más el maletín que la posible

denuncia por atropello. Además, ¿qué clase de abogado es que no participa el caso a la policía y se encarga, por el contrario, de hacer desaparecer el cadáver?

—No tengo la menor idea; no le había visto en mi vida...

—¿Recuerda su nombre?

—Lo siento, Herb. Ni siquiera miré la tarjeta, aunque la guardo en lugar seguro de mi casa.

—Bien, ya hablaremos de eso en mejor ocasión. Ahora, Prímula, dígame, ¿le gustaría hacer una incursión estilo comando?

—¿Qué? —se asombró ella

Hockiss sonrió y señaló discretamente una *roulotte* que había a unos cuatrocientos metros de distancia en la ribera del lago y a veinte metros del agua.

—He podido descubrir, al fin, desde dónde soy vigilado mientras estoy despierto —dijo—

. ¿Qué le parece si, a la noche, damos un buen susto a nuestro vigilante?

—Ha dicho nuestro, Herb.

—Sí, porque también desde esa *roulotte* se puede vigilar su casa. ¿Qué le parece mi idea?

—Si no se explica un poco mejor, no podré contestarle —respondió la muchacha.

En aquel memento, el balandro chocó contra algo que provocó una ligera sacudida.

—Hemos tropezado con una piedra —exclamó Prímula.

—No hay arrecifes aquí —dijo Hockiss—, Mantenga la caña, por favor, voy a ver qué llevamos enredado en la proa.

Prímula se hizo cargo del timón y Hockiss caminó a lo largo de la borda, hasta alcanzar la proa, en donde se arrodilló. Sacó medio cuerpo fuera y en el mismo instante sufrió una horrible sacudida.

El cuerpo humano que se hallaba atravesado ante la roda por la cintura, era empujado suavemente por el balandro. Los brazos y las piernas se agitaban con movimientos que no respondían a una voluntad viva.

Unos cabellos rubios se agitaban también, como serpientes inquietas a flor de agua. El rostro tenía los ojos muy abiertos, pero estaba claro que no podían ver. porque una bala había atravesado aquella hermosa frente.

En aquel instante, Hockiss supo que sus negros augurios habían sufrido confirmación.

—Herb, ¿qué pasa? —gritó Prímula desde la popa—. Puedo trincar la caña y le ayudaré a quitar el obstáculo que frena la marcha del balandro.

—¡No! — gritó él vivamente—, ¡No lo haga, no se mueva de ahí siquiera!

Prímula se asustó. Hockiss reaccionó rápidamente y buscó un cabo, con el que sujetó uno de los brazos del cadáver, para evitar que se hundiera. Luego arrió la vela con gran rapidez.

Prímula estaba muy asustada. Hockiss decidió al fin comunicarle la terrible noticia.

—Es Ruth Fawcett y la han asesinado —dijo.

CAPITULO V

Habían transcurrido dos días. Ruth había sido ya enterrada. No se le

conocían o no se habían presentado sus familiares y Hockiss se había encargado de todo lo concerniente a los funerales y a la sepultura.

Prímula, por consejo del joven, se había abstenido de hacerse presente en los fúnebres actos. Hockiss empezaba a sospechar que Prímula viviría mientras no entregase el maletín.

Mientras tanto, no había permanecido inactivo, aunque había gestiones que otros habían realizado en su nombre. Al atardecer del tercer día, después del hallazgo del cadáver de Ruth, recibió una llamada telefónica.

—Creo que tenía usted razón, señor Hockiss —dijo el comunicante.

—Sí, me sospechaba algo por el estilo. ¿Ha averiguado su domicilio?

—Floyd, ochocientos nueve, aunque suele pasar mucho tiempo en ja taberna de Mac *el Puñales*.

Hockiss sonrió.

—¿Un pirata, con cuatro puñales al cinto?

—No; dos, pero tatuados en el pecho, señor.

—Entiendo. Muchas gracias por todo. Siga investigando en la otra dirección.

—Será más difícil, señor Hockiss.

—Lo supongo, pero no desista.

—Haré lo imposible, señor —aseguró el comunicante.

Hockiss terminó de hablar y dejó el teléfono en la horquilla. Luego se dispuso a salir.

Media hora más tarde, llamaba a una puerta. Alguien abrió de pronto con furia;

—Escuche, si viene de parte de ese bastardo de Cartney, dígales que...

Era una mujer y se calló inmediatamente al darse cuenta de que su visitante no era el que esperaba. Hockiss la contempló sonriendo, mientras ella le miraba estúpidamente, con los ojos dilatados y la boca abierta.

—No conozco a ningún Cartney, señora Belty —manifestó.

La mujer se agitó al fin. Era muy alta, voluminosa, de pechos vacunos y enormes caderas.

«Para algunos —pensó el joven—, debía de tener un encanto especial.»

—¿Quién es usted? —preguntó ella con brusquedad.

—Me llamo Hockiss, señora Belty...

—Yo soy Shelly Cripps.

—Perdón, me habían dicho que Harry Belty vive aquí.

—Aquí tiene el pesebre y la cuadra —contestó ella sarcásticamente—, Y también otras cosas que a usted no le importan.

—Quizá sí, Shelly —sonrió el joven—. Me hubiera gustado hablar con Harry, pero si no está en casa...

—Ha salido.

—Estará en la taberna de Mac *el Puñales*.

Shelly apretó los labios. Hockiss no se inmutó.

Sacó dos billetes, hizo un rollito y lo introdujo en el centro del vasto escote de la mujer, cuyo gesto se dulcificó de inmediato.

—¿Es usted amigo de Harry? —preguntó.

—No, aunque quizá, posiblemente, me convierta en su cliente.

—Lo dudo mucho. Harry se ha retirado del oficio.

—¡No me diga! —fingió asombro el joven—. ¿De veras?

—Por el último trabajo, y estuvo a punto de romperse los huesos, le pagaron una miseria, créame.

—Ah, es «especialista», de esos que doblan a las estrellas de cine en las escenas peligrosas.

Shelly se echó a reír.

—¡Ojalá se dedicase a esa profesión! —exclamó—. Pero, como comprenderá, no voy a decirle lo que hace al primer desconocido que

llama a la puerta.

—¿Por qué no? —sonrió Hockiss, a la vez que sacaba otros billetes y repetía la operación—. ¿Qué puede perder usted?

Shelly le miró recelosamente.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Herb Hockiss, no soy policía y eso debe bastarle. Hable, Shelly.

Ella se hizo a un lado y Hockiss entró en el apartamento, cuya puerta se cerró en el acto. Shelly le ofreció de beber, pero el joven rechazó cortésmente la invitación.

—Cuénteme, Shelly —pidió.

La mujer habló durante unos minutos, confirmando todo lo que él había supuesto. Sin embargo, ella desconocía un detalle.

—No he visto a Cartney en mi vida, porque es Harry quien se entiende directamente con él —manifestó—. Pero, en los últimos tiempos, se sentía muy disgustado con un hombre al que le había hecho ganar mucho dinero, para recibir a cambio una miseria.

—Los hay desagradecidos —murmuró Hockiss—, Shelly, ¿cree que encontraré a Harry en la taberna de Mac *el Puñales*?

—Es su segundo hogar —replicó la mujer con sangrienta ironía.

—Está bien, hablaré con él, pero no le diré que he estado antes con usted. Qui2á no le guste...

—Aunque no le guste, no protestaré, se lo aseguro.

Hockiss hizo un gesto con la mano y salió del apartamento. Shelly podría tener muchos defectos, pero era preciso reconocerle una virtud: la de la limpieza. El apartamento, modesto y sin pretensiones, aparecía inmaculado en perfecto orden. El joven se dijo que algunas mujeres se chillaban locamente por tipos que no lo merecían y que, incomprensiblemente, sabían conquistarlas y convertirlas poco menos que en sus esclavas. En el caso de Shelly y Belty, la relación no era así exactamente, pero no cabía duda de que, en determinados momentos, Shelly debía de ser como blanda cera en manos de quien no era más que un rufián de tres al cuarto.

Diez minutos más tarde, entraba en el bar de Mac *el Puñales*. Había un

aburrido camarero en el mostrador y el joven se acercó para preguntarle por Belty.

El camarero le miró con un solo ojo. El otro estaba tapado por un párpado caído.

—Está allí, en la mesa del fondo —respondió aquel desagradable sujeto.

Hockiss lanzó una moneda sobre el mostrador. Luego se acercó a la mesa en la que Harry Belty, sentado ante una botella, parecía esperar a alguien.

—Harry, me llamo Hockiss y quiero hablar con usted —declaró el joven, a la vez que agarraba una silla y se sentaba frente al individuo.

* * *

Era un hombre más bien canijo, medio calvo, de barbilla en punta y ojos oblicuos, pero hacia abajo, lo que le confería un aspecto verdaderamente extraño. Cuando Hockiss hubo terminado su breve presentación, le miró con inquietud.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó.

—Aproximadamente, hace un año, usted desempeñó una comedia, simulando haber sido atropellado y muerto por un automóvil. Un abogado apareció entonces y arregló el asunto con la conductora, a cambio de diez mil dólares.

—No sé de qué me está hablando...

—Harry, yo puedo amenazarle con ir a la policía, pero prefiero enseñarle mis manos.

Esta vez, las fracturas de sus huesos serían auténticas, créame.

El sujeto se sintió muy impresionado al oír aquellas palabras.

—Sí..., si digo la verdad de lo que pasó, me meteré en un buen lío —dijo gemebundamente.

—Está metido en otro mucho peor y yo puedo sacarle de él, a cambio de una confesión.

Es lo único que le pido, Harry.

—¿A cambio de qué? — preguntó Bely.

—A cambio de no ir al hospital antes de diez minutos, con los huesos de los brazos y las piernas convertidos en astillas. También, se lo aseguro, haré todo lo posible para que no le suceda nada. Podemos decir que Cartney le forzaba a ello, mediante amenazas de muerte a Shelly... Ella está muy disgustada con Cartney, ¿verdad?

—Es un asqueroso vampiro, un chupasangres... —barbotó el rufián—. Yo hago el trabajo más peligroso, jugándome el pellejo, y él cobra la «pasta» y luego me da a mí una miseria... Bueno, me daba, porque ya no pienso hacer ningún simulacro más para él...

—¡Espléndido, Harry! —sonrió Hockiss—. ¿Cómo es el nombre completo de Cartney?

—Wilson Peters Cartney.

—Muy bien.

Hockiss sacó un papel del bolsillo y, tras desdoblarlo, escribió algo en una de sus líneas parcialmente dejada en blanco. Luego lo tendió al sujeto.

—Firme, Harry. Ahí pone que lo hace voluntariamente y en presencia de testigos imparciales. No se preocupe por los testigos; yo me encargaré de buscarlos.

—Esto puede ir a los tribunales...

—Puede ir, pero no irá. Cuando alguien lea una fotocopia, sabrá lo que tiene que hacer.

Pero lo necesito y su firma no será gratuita.

Hockiss había preparado diez billetes de veinte dólares, que pasó a Bely por debajo de la mesa. El sujeto, convencido, firmó y Hockiss guardó la confesión en un bolsillo.

En aquel momento, cuando ya iba a despedirse, sintió que alguien le tocaba en un hombro.

—Amigo...

Hockiss se volvió. Estupefacto, vio a un hombre que medía más de dos metros y que, sin duda, rebasaba los cien kilos, parado junto a la mesa con gesto poco acogedor.

El gigante estaba despechugado hasta la cintura. Era una «posse» destinada a impresionar a la gente, ya que, a través de la amplia abertura de la camisa, se veía el tatuaje de los dos enormes puñales grabados en el centro de un torso que parecía un barril.

—Venga conmigo, quiero hablar con usted a solas —dijo el dueño de la taberna.

* * *

Hockiss se dijo que no perdería nada por conversar con Mac, aunque se preguntó, intrigado, qué tenía que decirle aquel voluminoso individuo. Mac le condujo hacia una escalera que llevaba al piso superior y abrió la primera puerta que había en el corredor.

—Entre — invitó secamente.

Hockiss hizo un cortés ademán.

—Después de usted, claro —sonrió.

—Es igual — resopló El Puñales.

La puerta se cerró apenas hubieron cruzado el umbral. Hockiss se dio cuenta de que estaba en una habitación relativamente amplia, de sobria decoración. En una de las paredes divisó un minúsculo ventanuco, cubierto por una cortina. Desde allí, calculó, podía verse el interior de la taberna.

—Está bien, hable —invitó, mientras se acercaba al ventanuco.

Estaba cubierto por una cortina y la apartó un poco, para confirmar sus sospechas.

Luego se volvió hacia el dueño del local.

—Tengo que decirle algo —manifestó el sujeto—, y es que no me gustan los entrometidos que vienen a molestar a mis clientes. Usted no es un policía, luego tiene que ser a la fuerza uno de esos malditos detectives privados que meten sus narices en todo, molestando a la gente con estúpidas preguntas. No es el primero que viene aquí con esas pretensiones, pero puedo asegurarle una cosa: sólo vienen una vez.

—Los manda al cementerio —supuso Hockiss.

—No es necesario ser tan tajante. Basta con unos cuantos buenos

golpes... ¡como los que le voy a dar inmediatamente!

Hockiss adivinó que Mac iba a lanzarse al ataque y se parapetó tras una mesa que había en el centro, esquivando así el primer golpe. La mesa tenía la suficiente amplitud para que Mac no pudiera llegar con comodidad a la cara del joven y éste, por su parte,ladeaba hábilmente el cuerpo en uno y otro sentido, a fin de esquivar aquel furioso puño que buscaba incesantemente el blanco de su mandíbula.

Durante unos momentos, estuvieron dando vueltas en torno a la mesa. Mac empezó a ponerse furioso, visto el continuo fracaso de sus intentos. De repente, Hockiss empujó la mesa y golpeó los muslos del gigante, haciéndole retroceder hasta la pared opuesta.

Mac lanzó un terrible rugido de cólera. Con una mano, lanzó la mesa a un lado y luego se dispuso a rematar la tarea.

Hockiss, mientras tanto, simulando un pánico invencible, había retrocedido hasta la

pared opuesta, situándose con la espalda pegada al ventanuco. Bramando como un toro furioso, Mac se lanzó hacia adelante, con la cabeza gacha.

En el último instante, Hockiss se apartó a un lado. Tal como había supuesto, el tabique era muy delgado. El impacto de más de cien kilos de músculos y huesos, resultó demoledor.

La pared explotó como si le hubiesen puesto una bomba. Hubo un ruido atronador, seguido de infinidad de crujidos de todas clases. Los ladrillos volaban por los aires, en medio de una espesa nube de polvo, mientras el dueño del local caía sobre una mesa situada al pie, convirtiéndola en un montón de astillas.

Los clientes se quedaron atónitos ante aquel inesperado espectáculo. Sonriendo afablemente, Hockiss se asomó al enorme boquete abierto por el choque de Mac contra el tabique.

—Hicimos una apuesta —dijo, en medio de un silencio glacial—. Yo decía que no y él decía que sí... ¡y ganó!

Sacó un par de billetes del bolsillo y los dejó revolotear sobre el inmóvil cuerpo del gigante.

—Cuando despierte, díganle que he pagado la apuesta...

De pronto, se calló.

Belty salía a la calle en aquel momento. La puerta estaba justamente enfrente y pudo verlo con toda claridad.

Alguien se acercó a Belty por un costado. El sujeto no vio ni sintió nada, hasta que fue demasiado tarde.

Hockiss captó el brillo de una larga y delgada hoja de acero, hundiéndose a fondo en el cuerpo de Belty. Se oyó un aullido inhumano.

Belty manoteó desesperadamente y empezó a caer al suelo. Mickles había retirado el estoque velozmente y echó a correr.

Hockiss se sintió invadido por una furia infinita. Había casi cinco metros hasta el suelo, pero no perdió tiempo en buscar la puerta para bajar por la escalera. Saltó a través del hueco, dobló las rodillas para amortiguar el impacto de la caída y luego, en medio del asombro de todos los presentes, que no comprendían nada de lo ocurrido, atravesó la taberna como un huracán y salió a la calle.

Un automóvil doblaba la próxima esquina casi sobre dos ruedas. Hockiss alcanzó a ver solamente las luces rojas de cola. Oyó el chirrido de los neumáticos en el cerrado viraje y ello le hizo saber que ya no conseguiría alcanzar al asesino.

—Algún día te haré tragar ese maldito bastón, con estoque y todo —dijo rabiosamente.

Luego se inclinó sobre el caído. Belty respiraba apenas. Estaba sólo a unos segundos de la muerte. Hockiss calculó que el acero había perforado el corazón y ambos pulmones.

—Lo ha usado con la precisión de un cirujano —murmuró.

CAPITULO VI

El balandro se acercó lentamente a la orilla. La nadadora braceó enérgicamente y Hockiss le hizo señales de que diese la vuelta por la popa. Prímula comprendió y acató la indicación, aceptando luego la mano que le tendían para subir a bordo.

Como en la ocasión anterior, se sintió izada con toda facilidad.

—Herb, ¿cómo ha conseguido esa potencia muscular? —exclamó,

asombrada.

Hockiss sonrió enigmáticamente.

—Anda, baja a la cámara y sécate —contesto, evasivo—. Encima de una de las literas, encontrarás un documento verdaderamente interesante.

Ella, intrigada, le miró un instante, pero luego obedeció sin pronunciar una sola palabra.

Casi tardó diez minutos en salir y, cuando lo hizo, se sentó sobre sus talones, con las manos en las rodillas, el rostro nublado y los labios prietos.

Hockiss respetó su silencio, que duró casi un minuto. Al fin, Prímula dijo:

—Me engañaron miserablemente. Todo fue una comedia.

—Sí —confirmó él, lacónico.

—Tú lo sabías casi desde el principio... ¿Cómo pudiste sospecharlo?

—Hace un par de años, yo fui objeto de un intento de otro timo similar: el del falso atropellado, que luego exige una cantidad para evitar jaleos al conductor. Las compañías de seguros ya no se dejan engañar tan fácilmente y hay desaprensivos que se ganan la vida de esa manera.

—Es un riesgo continuo —alegó Prímula—, Alguno podría morir... supongo.

—No lo creas. Son muy hábiles y, además, actúan cuando el coche rueda a poca velocidad. Por supuesto, estudian antes al posible «donante»; no van a sacar dinero de un don nadie. Pero el truco no les valió conmigo.

—Supiste ver la trampa.

—El tipo se lanzó. No le salió bien la cosa, y yo pude darme cuenta de que lo había hecho intencionadamente. Pero, por supuesto, me llevé un mal rato. Primero pensé que se trataba de un posible suicidio, aunque luego, al consultar con mi abogado, me explicó que, con toda seguridad se trataba de sacarme unos cientos o unos miles de dólares.

Entonces, fui a ver a la víctima

—¿Qué pasó, Herb?

—Bueno, esta vez sí fue al hospital con la mandíbula rota y un brazo convertido en un sacacorchos —sonrió Hockiss. Y tras una corta pausa, añadió—: Bueno, yo declaré a la policía que cuando salía de su casa, había tropezado y que el tipo, para evitarme daños, intentó retenerme, con tan mala fortuna, que fue él quien cayó y se produjo todas aquellas fracturas de huesos. Su palabra contra la mía, simplemente.

Los ojos de la joven chispearon.

—Debes ser terrible cuando te enfureces —exclamó.

—Pero sólo si tengo la razón y me la niegan o me juegan una mala pasada.

—No eres proclive a perdonar, ¿eh?

—A veces, no —admitió él crudamente—. Bien, ¿qué te ha parecido la confesión de tu víctima?

—Maravillosa. Pero ¿cómo la conseguiste?

—Ya te lo contaré en otro momento, aunque debes saber que la conseguí justo a tiempo.

Antes de un cuarto de hora, Harry Belty había muerto asesinado.

Prímula se estremeció.

—¿Es eso cierto?

Hockiss hizo un gesto afirmativo.

—No pude evitarlo —dijo sombríamente—. Pero sé quién es el asesino y, te lo aseguro, un día lo pagará, porque sospecho que es uno de los que intervinieron en la muerte de la pobre Ruth Fawcett.

El rostro del joven se había oscurecido, apreció Prímula. Le miró compasivamente, al formular una pregunta:

—¿Estabas enamorado de ella, Herb?

Hockiss sacudió la cabeza.

—No, sólo la había visto una vez... Pero era una muchacha guapísima,

en la flor de la vida... Había estado una temporada sin trabajo y encontró uno, que la llevó a la muerte.

Puesto que no murió en la voladura del maletín, alguien decidió que tenía que morir de todas formas... ¡y un miserable le pegó un tiro!

—Ella tenía que entregarme el maletín a mí —recordó Prímula—, Si no se lo hubieran robado, ahora estaríamos las dos muertas...

—No —contradijo él firmemente—. La cosa estaba bien planeada. Ella debía entregarle el maletín a otra persona, que también debía morir y cuya identidad desconozco. De lo contrario, no tendría objeto dejar un maletín con cinco millones de dólares y una nota que se refería a ti particularmente.

—Entonces, no sabes quién es el otro...

—Lo siento, no se me ocurre ningún nombre.

—¿Tal vez Cartney? Es el abogado del hombre que quiso engañarme con el atropello —

apuntó Prímula.

—Es muy posible, pero ya lo averiguaremos. Por cierto, ¿estás dispuesta esta noche a hacer una incursión tipo «comando» que mencioné el otro día?

—Sí, pero... ¿habrá peligro?

Hockiss sonrió maliciosamente.

—Habrá diversión, aunque también un castigo para cierto tipo que me está asando constantemente con su maldito telescopio, y perdona la palabrota.

—No te preocupes —respondió la joven—, ¿Cuándo?

—Volveré a verte a las tres de la madrugada. Esperaremos juntos la salida del sol. Ya traeré un termo con café y bocadillos, por si tienes apetito.

Prímula hizo un gesto de aquiescencia.

—Presiento que va a resultar excitante —dijo.

—Sí, puedes darlo por seguro.

La joven se puso en pie y estiró los brazos. Ofrecía una estampa magnífica, rebosante de salud y de vitalidad, esbelta como una diosa pagana y, ahora, pensó Hockiss, liberada en buena parte de los temores que la habían tenido en una constante aflicción durante todo un año.

—Puedes venir vestida, porque atracaré en tu embarcadero —añadió él—. Pero tráete también el traje de baño, ya que lo necesitaremos durante algunos minutos. ¿Entendido?

—Así lo haré, Herb — prometió la muchacha.

Juntó las manos sobre la cabeza y se lanzó al agua. Nadaba como una ondina, apreció Hockiss, verdaderamente complacido.

* * *

Pasadas las tres de la madrugada, Hockiss arrojó al agua un anclote y el balandro se detuvo silenciosamente a unos ciento cincuenta metros de la orilla. Luego, él y Prímula se dejaron caer al agua lentamente, sin hacer el menor ruido, y nadaron con gran sigilo hasta alcanzar la tierra firme.

Momentos después, salían a la orilla. Sin hacer el menor ruido, Hockiss se acercó a la *roulotte*, y secundado por la muchacha, empezó a levantar las patas que la mantenían estable.

Primero fueron las patas traseras. Luego las delanteras y la rueda de la lanza de remolque se apoyó en el suelo.

Finalmente, retiró los calzos de las ruedas. La pendiente era muy suave, pero la *roulotte* empezó a deslizarse hacia el lago, con unos ligeros empujones, aunque sin sacudidas.

Una vez en marcha, Hockiss corrió a la parte delantera y guió la lanza convenientemente. A los pocos momentos, la *roulotte* entró en el agua sin apenas sacudidas.

El impulso adquirido la hizo avanzar unos cuantos metros, antes de detenerse con levísimos balanceos. Luego, Hockiss aprestó una cuerda que había llevado consigo y la ató a la lanza de remolque.

Con la mano, hizo señas a la muchacha para que regresara al balandro. Prímula obedeció, aunque de cuando en cuando se volvía para ver si él la seguía. Hockiss, en efecto, nadaba tras ella, desenrollando el largo cabo que, finalmente, ató a la popa del

balandro.

Inmediatamente, subió a la cubierta y retiró el ancla. Luego izó las dos velas, mayor y foque, y el balandro se puso en movimiento.

—Podría usar un motor, pero ello le despertaría y se perdería el efecto de la sorpresa —

explicó.

—Todo eso está muy bien, pero aún no me has dicho con qué objeto lo haces —arguyó Prímula.

—Es bien sencillo: quiero evitar que sigan vigilándome las veinticuatro horas del día —

respondió él.

—¿Sabes quién es?

—No, ni me interesa, aunque, desde luego, está relacionado con el maletín de los cinco millones de dólares.

—Lo tienes tú, pero aún no me has dicho dónde lo has escondido.

Hockiss sonrió maliciosamente.

—Y no es hora aún de que lo sepas —respondió.

Ella le miró de una forma especial.

—Por favor —suplicó el joven—. No pienses ni por un momento que quiero quedarme con ese dinero. Es una suma muy tentadora..., pero no soy lo que piensas.

—Está bien, acepto tu palabra. Tu nombre me suena, creo habértelo dicho en alguna ocasión, pero no recuerdo...

—Entonces, procura hacer memoria. Voy a darte un consejo, Prímula

—Sí, Herb.

—Baja a la cámara, termina de secarte, cámbiate de ropa y tiéndete a dormir un rato. Yo te despertaré en el momento apropiado.

—¿Te quedas aquí?

Hockiss señaló la *roulotte*, que, remolcada por el balandro, se movía a unos cien metros por la popa, muy lentamente, pero con rumbo directo al centro del lago.

—Debo permanecer atento a la maniobra —contestó.

* * *

Dormía profundamente, cuando sintió que le tocaban en un hombro.

—Arriba, perezosa.

Prímula se despertó, conteniendo a duras penas un bostezo. Cuando subió a la cubierta, vio que Hockiss había preparado ya el desayuno.

El balandro, con las velas arriadas, permanecía al paio, a unos cien metros de la *roulotte*.

Prímula silbó al ver la situación en que se encontraban.

—Estamos en medio del lago — exclamó.

—Sí. Toma un poco de café... Si tienes apetito, hay bocadillos.

Ella miró a todas partes. El sol acababa de salir y era un espectáculo maravilloso el que se ofrecía a su vista.

—Es verdaderamente agradable disfrutar de la fresca brisa del amanecer —exclamó, mientras respiraba a pleno pulmón.

—Por lo visto, no estás acostumbrada a madrugar, ¿eh?

—Tú, sí, a lo que parece —replicó ella en el acto.

—Nunca me dan las seis de la mañana en la cama, salvo los domingos, claro.

—Debes de tener un oficio un poco... rudo.

Hockiss sonrió.

—Lo es. Anda, se te va a enfriar el café...

—Herb, ¿por qué cuando quiero saber algo de ti, me sales siempre con evasivas?

—Algún día lo sabrás todo, pero aún no es el momento. Te

recomiendo tomes el desayuno antes del espectáculo, Prímula.

—¿Qué espectáculo, Herb?

—Una función de risa, ya lo verás.

Ella se resignó a ser paciente. Pero apenas media hora más tarde, Hockiss empezó a izar las velas.

—La función va a empezar —dijo—. Mira hacia la *roulotte*.

Prímula dirigió la vista en la dirección indicada. En aquel momento, se abrió la puerta del remolque.

Un hombre, en mangas de camisa, apareció en el umbral, estirando voluptuosamente

los brazos, Dio un paso hacia el exterior y, de pronto, se encontró cayendo hacia el agua, en la que se sumergió con un violento chapoteo.

Prímula no se pudo contener y soltó una espontánea carcajada. Hockiss sonreía complacido, mientras orientaba las velas al viento.

El ocupante de la *roulotte* emergió, tosiendo y espurreando agua, sin comprender muy bien lo que le había ocurrido. Nadó hacia el remolque, pero éste había escorado ligeramente y el agua empezaba a penetrar por la base de la puerta.

Al agarrarse al remolque, se acentuó la escora y el agua penetró en mayor cantidad. El sujeto, desesperadamente, logró izarse a bordo, pero lo hizo en mala postura y solvió a caer al agua.

El viento llegaba por la aleta de estribor y el balandro inició una suave arrancada.

Lentamente, la *roulotte* empezó a volcarse, hasta quedar tumbada de costado por completo.

El hombre consiguió al fin trepar al remolque y se subió al costado que emergía fuera de las aguas, haciendo señas desesperadas para que vinieran a recogerlo.

—Deberíamos ayudarle—opinó Prímula.

—No, ya vendrá la policía del lago. Nosotros no hemos visto nada hasta que ya era demasiado tarde y el balandro no puede navegar con

tanta rapidez como una lancha motora.

Poco a poco, se alejaron de la *roulotte*, que continuaba hundiéndose con lentitud.

Prímula vio al fin una lancha que se acercaba a socorrer al ocupante del remolque y se sintió más tranquila.

—¿Y ahora, Herb? —preguntó—. ¿Cuáles son tus planes inmediatos?

El joven meditó unos momentos, antes de dar la respuesta que esperaba Prímula. Al fin, dijo:

—Voy a buscar al hombre del estoque.

Ella se estremeció.

—Es muy peligroso...

—Para él —contestó Hockiss ceñudamente—, Y para el tipo que metió una bala en la frente de Ruth Fawcett.

Prímula contempló fijamente al joven y al estudiar la expresión de su rostro, llegó a la conclusión de que riada ni nadie le apartaría del camino que se había trazado y que acabaría consiguiendo sus propósitos.

CAPITULO VII

Shelly Cripps abrió la puerta y contempló duramente al visitante. Hockiss alzó una mano con presteza.

—No me haga reproches. Yo no tengo la culpa de nada, Shelly —se apresuró a decir—.

No fui yo quien ensartó a Harry como si fuese un pollito.

—Si usted no hubiese metido sus malditas narices... —dijo la mujer rencorosamente.

—Si Harry hubiera sido una persona decente... —contestó Hockiss con soma—. No era yo precisamente quien se dedicaba a simular atropellos ni estaba en connivencia con Cartney.

—El lo había dejado ya...

—Pero se metió en asuntos mucho más importantes y peligrosos y eso le costó la vida

—interrumpió el joven fríamente—, Shelly, ¿me va a tener todo el tiempo en el corredor?

Ella, de mala gana, se echó a un lado. Hockiss cruzó el umbral.

—Ahora sí le aceptaría una copa —dijo, más por animar a la mujer a hablar que por sentir realmente deseos de tomar un trago.

—Está bien —accedió ella con un gruñido.

Shelly trajo la botella y dos vasos. Hockiss se había sentado ya en un diván y tenía las piernas cruzadas. Esperó calmamente a que ella hubiese vertido el whisky en los vasos y luego tomó el suyo. Sin probarlo, con el vaso en alto, la miró fijamente.

—Shelly, Harry está muerto y nada de lo que diga cambiará esto —manifestó calmamente—, Pero sí puede ayudar a que el tipo que lo mató pague su crimen.

—¿Cómo? —preguntó ella—. Yo no sé nada...

—Algo le dina Harry. ¿No recuerda algún detalle, algún dato? ¿No le comentó él que ahora tenía entre manos un negocio importante?

Shelly continuaba mostrándose reticente.

—Bueno, dijo que se trataba de un buen asunto... Podía reportarle veinticinco de los grandes, como mínimo, pero no dijo en concreto qué era —declaró.

Hockiss calculó que, al menos en esta ocasión, Harry se había mostrado muy cauto con su amiga. Quitó lo había hecho para evitarle problemas, se dijo. Pero ya no le cabía la menor duda de que Harry había estado mezclado en el asunto del maletín con los cinco millones de dólares.

—Está bien —dijo tras un corto intervalo—. El que le mató sabrá seguramente algo más.

Usted lo conoce, sin duda.

—He oído hablar de él. Un mal bicho, un tipo sin entrañas —calificó Shelly.

—Sí, Mickles es un «hombre malo», como se decía antiguamente. ¿Tiene usted alguna idea de dónde puedo encontrarlo?

Shelly sacudió la cabeza.

—No frecuentaba sus lugares de esparcimiento ni estuve jamás en su casa invitada —

contestó, sarcástica—. Puedo decirle el nombre completo, Reeven Mickles, pero nada más. Aunque sí añadiré una cosa.

—¿Sí? —preguntó el joven, esperanzado.

—El día que le atrape, le haré tragarse su maldito bastón estoque, metiéndoselo por el

puño —dijo ella rabiosamente.

—Ya somos dos, aunque espero yo llegar primero.

Hockiss se puso en pie y dejó unos billetes sobre la mesita.

—Gracias. —De pronto, Shelly levantó una mano—. Oiga, quizá Mac el Puñales... —

insinuó.

Hockiss consideró la sugerencia

No le hacía mucha gracia volver a enfrentarse con aquel gigantesco individuo, pero tal vez podía resultar una entrevista provechosa.

—Puede ser una buena idea —se despidió.

Al salir del apartamento, Hockiss se preguntó cuál había sido la relación de Bely con el asunto del maletín de los cinco millones de dólares. Debía de haberse enterado de algo importante, cuando había mencionado una posible ganancia de veinticinco mil dólares, pero ello mismo había sido la causa de su muerte. Había personas interesadas en evitar que Bely divulgase lo que sabía y lo habían sentenciado a muerte.

Mickles había sido el ejecutor de dicha sentencia.

—Acabaré por encontrarlo —se prometió a sí mismo.

* * *

El boquete causado por el impacto del corpachón del dueño de la taberna estaba cubierto por una gran lona, al pie de la cual se veían los soportes de un andamio, aunque los albañiles no habían iniciado todavía la reparación. Era relativamente temprano y el local se hallaba desierto, a excepción de un aburrido camarero situado tras el mostrador y que miró al joven con una absoluta falta de interés.

—¿Dónde está Mac? —preguntó Hockiss sin más preámbulos.

—Durmiendo...

El joven arrojó sobre el mostrador un billete de dólar.

—Dígale que le aguardo en su despacho.

—Sí, señor, al momento...

El camarero parecía impresionado por la resuelta actitud de Hockiss, a quien recordaba muy bien. Hockiss se encaminó al lugar mencionado, abrió la puerta y sonrió al ver la brecha que Mac había abierto con su tremendo empujón.

El hombre llegó al cabo de unos minutos. Tenía la cabeza vendada y había un parche de cruz en el lado izquierdo de su mejilla. En el labio inferior se veían las señales de una pequeña cortadura. El ojo derecho aparecía medio tapado por la hinchazón, pero, en general, el aspecto

del sujeto era mucho mejor de lo que se podía esperar, tras el violento impacto contra la pared del cuarto.

—Nunca había visto tanta desfachatez...

Hockiss alzó una mano para interrumpir al gigante.

—Mac, usted se lo buscó y no admitiré acusaciones. Yo no le había hecho nada; sólo vine a charlar unos momentos con Harry y eso, me parece, no es ningún pecado, máxime si se tiene en cuenta que lo que pueda pasar en su maldita taberna me importa un rábano. He

venido a hablar con usted en son de paz. pero si se pone belicoso, le pegaré un tiro en una pierna. Llevo un revólver, ¿sabe?

No era cierto, pero contaba con impresionar al sujeto, como así, sucedió. Mac se mostró más amansado y buscó una silla para sentarse.

—Me duele todo el cuerpo —se quejó—. La reparación del tabique me va a costar...

—Pagaré los desperfectos, con una condición —dijo el joven rápidamente.

Mac arqueó las cejas.

—¿Sí?

—Quiero encontrar a Mickles.

Hubo un momento de silencio. El poderoso torso de Mac se hinchó enormemente.

Al cabo de unos segundos, dejó escapar el aire contenido en sus pulmones y asintió.

—Ese maldito estoque me hiela la sangre cada vez que pienso en él —manifestó—.

Ensartó al pobre Harry con toda facilidad. Atraviesa la carne como si fuese mantequilla.

—Lo sé, Mac. Yo he sentido la punta de ese estoque en mi pecho durante más de una hora. Tuve miedo, lo confieso.

—Cualquiera lo habría sentido —rezongó el hombretón—. Bien, mire, yo ignoro dónde vive ese maldito hijo de perra, aunque sé que suele

acudir con frecuencia a un local mejor que el mío. Hay chicas que se desnudan, números de sexo y cosas así. Se llama el Freesex y está en la calle Veintiocho.

—El Sexo Libre —tradujo Hockiss entre dientes—. Por lo visto, tiene aficiones muy particulares.

—¡Y tanto! —rió Mac—. Mickles no va allí por las mujeres. Cuando termina el espectáculo digamos normal empieza otro, reservado para ciertos clientes. No todos los días, claro; pongamos una vez a la semana,- pero él acude casi a diario al Freesex.

—¿Qué otro espectáculo es el que dan después del normal?

—preguntó Hockiss.

Mac soltó una estrepitosa carcajada.

—Hombre, imagínese...

El joven maldijo su ingenuidad. Sí, debería haber pensado en el nombre del local antes de hacer aquella estúpida pregunta. Tras el espectáculo «normal», lo que venía a continuación tenía muy poco de normalidad, aunque quizá sus protagonistas pensarán que era normal para ellos.

—Muy bien, Mac; cuando haya terminado la reparación, envíeme la factura —dijo, a la vez que depositaba una tarjeta sobre la mesa.

Y ya se disponía a salir cuando, de repente, se acordó de un detalle.

—Mac, ¿dónde puedo encontrar a Cartney?

El sujeto se encogió de hombros.

—Antes venía por aquí en ocasiones. Se encontraba con Harry, charlaban un rato y luego se separaban. Pero ahora hace ya meses que no lo veo y, además, nunca supe ni me importó dónde vivía. Lo siento.

—Gracias por todo, Mac —se despidió el joven.

Al salir a la calle, pensó en lo difícil que iba a resultar la entrevista con Mickles. Aunque llevase un revólver, Mickles resultaría siempre un temible adversario, mientras conservase su bastón estoque.

Pero si se lo quitaba...

No parecía una tarea tan sencilla Mickles no se separaba nunca de su arma favorita y, a menos que emplease un truco ingenioso, no conseguiría arrebatarse el bastón.

De pronto, se le ocurrió una idea.

Recordaba muy bien el aspecto externo del bastón estoque. «Con un poco de suerte...», pensó.

Pero si conseguía lo que deseaba, necesitaría un ayudante. ¿Quién podría desempeñar el papel?, se preguntó.

Al anochecer, regresó a su casa. Abrió la puerta y vio a Prímula sentada en un diván, cerca de la terraza.

* * *

—Eres muy descuidado —sonrió la muchacha—. No cerraste con llave, Herb.

—No hay aquí nada de interés para los ladrones —contestó él.

—Hay cinco millones.

—Están bien escondidos.

Hockiss apreció ciertas señales y contuvo una sonrisa.

Ella se puso colorada.

—Debo admitirlo —manifestó, con los ojos bajos—. He estado buscando el maletín y no he conseguido encontrarlo. Sin duda, lo has puesto en un buen escondite.

—Es cierto —admitió él.

—Seguramente, tan buen escondite, que estamos pasando continuamente a su lado y no sabemos verlo.

—Es posible, Prímula

Ella suspiró.

—Está bien, ya sé que no quieres decírmelo y no insistiré más sobre el particular.

—La confesión de Belty te exculpa totalmente.

—Lo sé, y eso es algo que debo agradecerte. ¿Puedo preguntarte si has conseguido algún resultado?

Hockiss se pellizcó el labio inferior con aire pensativo. Estuvo unos segundos silencioso y luego fijó la vista en su bella interlocutora.

—Prímula ¿te atreverías a venir conmigo a un local nada recomendable? —dijo al cabo.

—¿Qué tiene de malo ese sitio? —inquirió ella.

—El nombre y lo que se hace en el escenario.

—¿Crees necesario que te acompañe?

—Me gustaría Prímula

—¿Cuándo, Herb?

El joven sonrió.

—Esta misma noche —respondió.

CAPITULO VIII

Reeven Mickles salió del Freesex y estrechó la mano del sujeto que le acompañaba, un hombre joven, alto, rubio y con aspecto de galán de cine. Luego le dio unas palmaditas en la mejilla y, al fin, se dirigió hacia su coche, estacionado a poca distancia de la entrada del local.

Prímula se sentía asqueada.

—Ese hombre, además de asesino es... —dijo, sin atreverse a emplear el calificativo apropiado.

—No le des más vueltas; es la naturaleza humana —contestó el joven sentenciosamente.

—La naturaleza humana es muy distinta —alegó Prímula vehementemente.

—A veces tiene fallos —repuso Hockiss.

Estaban en el coche suyo, situado en un lugar discreto, desde el que divisaban perfectamente los accesos al Freesex. Después de despedirse del joven rubio, Mickles subió a su automóvil y arrancó en el acto.

Hockiss le siguió de inmediato. Treinta minutos más tarde, vieron a Mickles detenerse ante una casa de apartamentos. Hockiss frenó, estacionó el automóvil y se dispuso a apearse.

—Espérame aquí; no tardaré mucho —dijo.

Pero Prímula saltó fuera antes de que él pudiera completar la frase.

—No, iré contigo —exclamó, resuelta—. He hecho lo que me pedías y ahora no voy a perderme lo más interesante.

—Mickles es peligroso, bajo cualquier circunstancia...

—Tampoco tú eres manco, ¿verdad? —rió ella.

Haciendo un gesto de resignación, Hockiss siguió a la muchacha hasta la casa en cuyo interior había desaparecido el asesino.

—A fin de cuentas, te debo el espectáculo —murmuró—. Has sabido hacerlo muy bien y Mickles no se ha dado cuenta siquiera.

—Creo que no está «perdido» del todo —opinó Prímula, que vestía un

fascinante traje rojo, tremendamente escotado y abierto por un costado hasta casi la cintura—. Cuando tropecé con él, puso los ojos en blanco.

«Quizá lo hacía para disimular», pensó Hockiss. De todos modos, los pocos segundos de distracción sufrida por el asesino, habían sido más que suficientes.

Momentos después, llamaba a una puerta. Prímula quedó a un lado, a fin de no ser vista hasta el instante apropiado. Además, tenía algo que Hockiss no deseaba enseñar en los primeros momentos.

Mickles atisbó a través de la mirilla. Hockiss se imaginó la cara de sorpresa que ponía el tipo al reconocerle. Al cabo de unos momentos, se abrió la puerta y Mickles le contempló atravesadamente.

—¿Ha venido a decirme dónde está el portafolios? —gruñó.

—He venido para conversar unos momentos con usted —declaró el joven—. Además, traigo compañía...

Prímula se hizo visible. Mickles respingó ligeramente.

—¿Quién es ella? —preguntó.

—La señorita Rhinegreen. Prímula, te presento a un asesino profesional. Si no habías visto nunca a ninguno, a partir de ahora ya no podrás decir lo mismo.

Mickles apretó los labios.

—No hay pruebas...

—Yo no soy de la policía y la falta de pruebas me importa un pimiento —atajó el joven fríamente—. Usted asesinó a Belty y ahora mismo me va a decir quién le pagó por sacar a ese pobre infeliz del mundo de los vivos.

El sujeto se echó a reír.

Era una risa baja, perversa, demoníaca. Prímula sintió frío al ver aquella expresión. Le pareció estar contemplando al mismísimo demonio, bajo la figura de un despiadado asesino.

—Está bien —dijo Mickles al cabo—. Si quiere que hablemos... será bajo mis condiciones.

Alargó la mano hacia la derecha y agarró el bastón que estaba en un paragüero situado junto a la puerta. Sujetándolo por la mitad con la mano izquierda, asíó el puño con fuerza y tiró hacia fuera.

El estoque no salió. Lanzando una maldición entre dientes, Mickles volvió a tirar, con idéntico resultado.

De repente, advirtió algo en lo que no había reparado hasta aquel momento. Levantó los ojos y miró al joven.

Sonriendo divertidamente, Hockiss hizo un gesto de asentimiento.

—En efecto, amiguito; ése no es su bastón —dijo.

Alargó la mano y Prímula le entregó el que había tenido escondido hasta entonces a sus espaldas. Con gesto fulminante, Hockiss desenvainó el mortífero estoque y apoyó la punta en el cuello del asesino.

* * *

Gotas de sudor aparecieron instantáneamente en la frente de Mickles, cuyo rostro había adquirido un color terroso al saberse sin su arma favorita. La punta del estoque le empujó inexorablemente hacia atrás, hasta que su espalda chocó contra la pared, obligándole a detenerse.

—Cambiamos el bastón en el Freesex —explicó Hockiss—. ¿No recuerda a esta atractiva joven, que tropezó con usted y estuvo a punto de caerse? Durante unos momentos, permanecieron abrazados; claro que usted lo hacía con el caritativo empeño de impedir una caída desagradable. Pero ese momento de distracción fue suficiente para que yo le diera el cambiazo, quedándome con su bastón, y dejando otro muy parecido que había adquirido esta misma tarde. ¿Lo comprende ahora, Reeven Mickles?

El sujeto tenía la boca entreabierta, mientras miraba al joven con ojos desorbitados. Por un momento, Hockiss sintió un vivísimo placer al ver el miedo que se reflejaba en el rostro de un hombre al que no le importaba matar a sangre fría. Le estaba dando una dosis de su

propia medicina, se dijo.

Pero abandonó aquellos pensamientos apenas concebidos. No era decente, pensó y, además, tampoco había ido para disfrutar con el pánico de otro. Tenía algo más importante que hacer.

—Reeven, usted y Jory estuvieron en mi casa buscando algo. Al salir, vieron a alguien que les espiaba y le arrojaron una bomba...

—¡Fue Jory! —dijo Mickles rápidamente.

—Es lo misma Usted es tan culpable como el que arrojó la bomba —acusó el joven implacablemente—. Pero cuando Belty murió, no fue Jory el que utilizó este mismo estoque que ahora tiene apoyado en su garganta. Lo hizo usted... ¿por orden de quién?

Mickles apretó los labios. Hockiss sonrió.

—¿Está dispuesto a morir por callar el nombre de la persona que les ordenó hacer todo lo que le he dicho? ¿Cree que no soy capaz de hundirle el estoque en su maldito pellejo?

La punta de! acero presionó ligeramente. Unas gotas rojas aparecieron en la garganta de Mickles, de cuyos labios se escapó un corto aullido.

—¡No, espere! —exclamó, lleno de pánico—. Se lo diré... Es Cartney, pero no me pregunte dónde vive, porque no lo sé. Se mudó de casa cuando empezó todo este asunto y nos dijo que ya se comunicaría con nosotros por teléfono. Nos ha enviado dinero por correo, junto con algunas instrucciones... y eso es todo lo que puedo decirle.

—¿Le ordenó matar a Belty?

Mickles guardó silencio. Era una actitud claramente definitoria de una respuesta que no quería dar en voz alta.

—Por el asunto del maletín, supongo —añadió Hockiss.

Mickles asintió con un parpadeo. Hockiss recordó entonces algo que casi tenía olvidado y se enfadó consigo mismo.

—¿Quién mató a Ruth Fawcett?

El sujeto desvió la mirada. Hockiss se sintió poseído por una inmensa cólera.

—¡Habla, maldito! —rugió—. ¡Habla o te haré callar para siempre!

—No lo hicimos nosotros —gritó Mickles desesperadamente—, Le diré el nombre, pero no fui yo ni tampoco Jory...

—Está bien, dilo de una vez.

—Se llama Bart Nash. No me pregunte dónde vive, lo ignoro. Pero sé que lo hizo él.

—¿Por qué lo sabes?

Mickles volvió a desviar los ojos.

—Siempre apunta al centro de la frente. Dice... —tragó saliva—, dice que así no..., no hace sufrir a las víctimas...

Prímula se sentía horrorizada. Jamás había sospechado que pudieran existir personas tan abyectas, capaces de arrancar la vida a un ser humano sin el menor remordimiento, sólo por un puñado de billetes. Había momentos en que creía soñar, pero sabía perfectamente que todo lo que veía y da era real.

—Bart Nash —repitió el joven—. Si no sabes dónde vive, al menos puedes indicarme dónde encontrarle. Algunas veces te ves con él, ¿no es así?

—Suele ir también a... al Freesex.

—¿Sesión ordinaria o «especial»? —preguntó el joven burlonamente.

—Lo... bueno, lo corriente...

—¿Crees que Jory sabe algo más que usted? Por cierto, ¿cuál es el apellido? ¡Contesta a las dos preguntas, pronto!

—Uddin, y sabe tanto como yo, se lo aseguro.

—Muy bien, creo que la conversación ha terminado. —Hockiss volvió los ojos hacia la muchacha—. ¿Qué te ha parecido?

—Nauseabundo —contestó ella sin vacilar.

—Sí, apesta —convino el joven.

De pronto, se retiró un par de pasos. Entonces, súbitamente, Mickles lanzó un aullido de furia y, alargando el brazo, pegó un manotazo de revés a los nudillos del joven.

Hockiss, sorprendido, no tuvo tiempo de reaccionar. El estoque saltó de su mano y cayó al suelo. Mickles volvió a gritar y se abalanzó sobre el arma, estirando el brazo para apoderarse de ella.

El estoque había caído en cierta postura y Mickles tenía que darle la

vuelta para encararse con el joven. Pero, al mismo tiempo, había quedado de espaldas durante aquel brevísimo espacio y Hockiss decidió que no podía permitir el ataque del asesino.

Mickles estaba inclinado hacia adelante, con el puño del bastón entre los dedos. El acero empezaba a levantarse cuando el pie de Hockiss se disparó brutalmente hacia adelante, golpeando las posaderas del sujeto.

Se oyó un sordo gemido. Mickles cayó hacia adelante, ensartándose él mismo con el estoque, cuya punta ensangrentada asomó a la altura de los riñones.

Prímula lanzó un pequeño grito y se volvió, estremecida de horror. Hockiss se sintió estupefacto un instante, desconcertado por el inesperado desenlace de la acción.

También sintió horror y náuseas al ver a Mickles de bruces, perneando espantosamente en las últimas convulsiones de la agonía.

Al cabo de unos momentos, Mickles dejó de moverse. Hockiss inspiró con fuerza.

Tenían que abandonar el apartamento, pero no podía hacerlo sin antes realizar una tarea muy poco agradable.

Inclinándose hacia el muerto, lo volvió un poco con la mano izquierda, mientras que con la derecha limpiaba de huellas dactilares la empuñadura del estoque. Hizo lo mismo con la vaina rígida del arma y luego se irguió.

—Vámonos, Prímula — murmuró.

Ella se sentía desfallecer. Hockiss la sujetó por un brazo.

—Cálmate —aconsejó—. Procura adoptar en todo momento una actitud normal. La hora es muy avanzada y las calles están desiertas. Nadie nos ha visto ni tampoco hemos hecho el menor ruido. ¿Te portarás bien?

—Sí..., sí, lo intentaré...

Salieron de la casa y Hockiss acompañó a Prímula a la suya. Sentíase disgustado por lo ocurrido, pero se tranquilizó pensando en que todo había sucedido de forma inexorable.

«Además, qué diablos, tenía derecho a defenderme. Ese bastardo me habría atravesado sin el menor remordimiento, de haber tenido la ocasión propicia», se dijo.

Y, bien mirado, un despiadado asesino había saldado sus cuentas definitivamente.

CAPITULO IX

Tenía que ir a hablar con Prímula. Le debía excusas por lo sucedido la víspera, cosa que ella no habría presenciado, de no haberle pedido que la acompañase. Además, creía su obligación tratar de darle ánimos, después del mal trago que la joven había pasado viendo morir a Mickles.

Como se habían acostado muy tarde, se levantó cerca del mediodía. Fue a la terraza y contempló la residencia de Prímula, aunque sin utilizar el telescopio. Tras algunas dudas, decidió que iría en el balandro. Ella le reconocería y saldría a su encuentro nadando, calculó.

Cuando ya se había equipado y estaba dispuesto para salir, llamaron a la puerta.

Hockiss se volvió inmediatamente, con el recelo pintado en sus facciones. Vaciló un poco, pero se decidió finalmente y cruzó la sala.

Había un hombre en el umbral, alto, de porte distinguido y aire benévolo, que le contempló con discreto interés. Debía de rondar los cincuenta años, a juzgar por las abundantes canas de sus sienes, pero se conservaba muy bien. «Sin duda, acudía periódicamente a un gimnasio», pensó el joven.

—Señor Hockiss, supongo —dijo el desconocido, sonriendo levemente.

—Así me llamo, señor...

—Wegenberg, Keith Wegenberg. Tengo necesidad de hablar con usted, por favor.

Hockiss se sintió receloso. Wegenberg vestía con gran elegancia y usaba sombrero, guantes y bastón con empuñadura de marfil. «¿Otro estoque?», pensó.

—Muy bien —accedió finalmente, a la vez que se echaba a un lado—. Entre.

Wegenberg cruzó el umbral, destocándose cortésmente, aunque no se quitó los guantes.

Hockiss le indicó un sillón y el visitante se sentó, cruzando las manos sobre la empuñadura del bastón, apoyado éste en el suelo.

—Usted dirá — invitó el joven.

—Voy a ser sincero y a hablar claro de una vez —manifestó Wegenberg—. No me pregunte cómo lo he sabido, porque, desde luego, eso es algo que no le diré, pero usted sabrá dentro de unos instantes que no estoy mintiendo. Tiene en su poder un maletín con cinco millones de dólares y muy bien escondido, por cierto. Quiero ese maletín, simplemente.

—¿Es usted su dueño? — preguntó Hockiss.

Wegenberg sonrió. Dejó el bastón a un lado y se descalzó el guante de la mano derecha, después de lo cual la metió en el interior de su chaqueta y extrajo una billetera de piel auténtica, adornada con sus iniciales en oro. Abrió la billetera, sacó un rectángulo de papel y lo puso en las manos del asombrado dueño de la casa.

—Entrégume el maletín y acepte esto como una pequeña muestra de mi infinita gratitud —dijo con gran amabilidad.

Hockiss contempló la cifra escrita en el cheque. Wegenberg añadió:

—Está garantizado por el banco. No dude en aceptarlo; es dinero en efectivo.

Hockiss agitó el cheque.

—Cincuenta mil dólares por cinco millones —dijo—. El uno por ciento del total.

—Un cálculo totalmente exacto —convino el visitante.

—¿Es suyo ese dinero?

—Una pregunta sin respuesta, señor Hockiss.

—Bien, yo puedo decidir quedarme con los cinco millones. Ese dinero no es suyo. Por tanto, la cifra ofrecida es ínfima y no puedo aceptar su proposición.

Wegenberg recobró el cheque, todavía en manos de Hockiss.

—Presiento que todos los demás esfuerzos que haga para convencerle de que acepte mi propuesta van a resultar inútiles. Por tanto, me retiraré... ¡y ya tendrá noticias mías!

—¿Por medio de Bart Nash?

Wegenberg pareció sorprenderse al oír aquel nombre, pero se dominó casi instantáneamente.

—No conozco a esa persona —respondió secamente.

Se puso el guante de nuevo, cogió el sombrero y el bastón y se dirigió hacia la puerta sin añadir una sola palabra más. Al abrir la puerta estuvo a punto de tropezarse con otra persona, pero se apartó a un lado, a la vez que se descubría con gran amabilidad.

Prímula se quedó atónita al ver salir a aquel individuo. Wegenberg atravesó el jardín y subió a un coche que ya le aguardaba y cuyo conductor lo puso en marcha inmediatamente. Luego, la muchacha se encaró con Hockiss.

—Ese tipo no parecía de muy buen humor —comentó.

—Tiene motivos para sentirse disgustado —sonrió el joven—. Me ha pedido el maletín con el dinero, ofreciéndome cincuenta mil dólares por la entrega de cinco millones. Naturalmente, me he negado.

* * *

Hockiss vertió café en las dos tazas que había preparado y se sentó frente a la muchacha. Ella tomó el café en silencio, dejando luego la taza a un lado.

—He oído la noticia de la muerte de Mickles —dijo al cabo.

—Sospecho que te sientes muy afectada por lo que pasó —contestó él.

—Un poco. No fue agradable, la verdad, y he tenido algunas pesadillas, pero... Mickles no merecía morir de forma tan horrible, Herb.

—Bely murió de la misma manera. No era un sujeto recomendable, pero lo que hacía, a fin de cuentas, no causaba daños físicos a las personas.

—Sí, hay que pensar en eso —convino Prímula.

—Yo diría más bien olvidarlo —sonrió él.

—Me costará un poco...

—Lo conseguirás. Pero será mejor que dejemos el tema a un lado. La verdad es que no esperaba tu visita; yo pensaba ir a verte

precisamente cuando llegó Wegenberg.

—¿El hombre de los cincuenta mil dólares?

—Sí. Al menos, dijo que era su nombre.

—Tú has rechazado esa suma y es muy tentadora. ¿Puedo preguntarte por qué, Herb?

Hockiss apuró su café y se puso en pie, iniciando una serie de paseos a lo largo de la sala,

con aire caviloso. Al cabo de unos segundos, se volvió hacia la muchacha, sin dejar de moverse.

—Cincuenta mil dólares por cinco millones es, según se mire, una cifra tentadora o muy baja. ¿Por qué no me ha ofrecido la mitad?

—El dinero es suyo. ¿Por qué ha de perder dos millones y medio?

—¿Quién me garantiza que los cinco millones le pertenecen?

—El lo ha dicho...

—Perdona, Prímula, pero Wegenberg, en ningún momento, ha declarado que ese dinero sea de su propiedad. Lo reclamó, mostrándose dispuesto a pagar una recompensa por la entrega, que no es lo mismo. Y no ha ofrecido más, a fin de dar, sin expresarlo claramente, la sensación de que el dinero es suyo.

—Por tanto, no podía ofrecerte la mitad, como has dicho.

—Muy lógico —convino él—. Pero, entonces, ¿de quién son los cinco millones?

Prímula se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea —respondió—. Yo sólo tenía que recibir el maletín y entregarlo, cuando me lo indicasen por teléfono, pero ya han desaparecido los motivos de esa «obligación». Es todo lo que puedo decirte, Herb.

—Sí, lo sé de sobras, y si por algo me preocupa el maletín es por la muerte de Ruth Fawcett. Era una joven hermosa, llena de vida, rebosante de salud, y no merecía morir cuando tenía todo el mundo por delante de ella.

Prímula captó una nota de tristeza en la voz del joven y se sintió conmovida.

—Al menos, sabemos quién la asesinó —dijo.

Hockiss hizo un gesto de asentimiento.

—Encontraré a Nash y le haré hablar, aunque tenga que romperle todos los huesos uno por uno —dijo rabiosamente. Detuvo un instante sus paseos y luego se volvió hacia la muchacha—. Esta noche iré al Freesex, pero tú no me acompañarás —agregó.

—Al menos, habrás de permitirme que te aconseje tengas cuidado.

—Por supuesto —sonrió él. Luego volvió a ponerse serio y reanudó sus paseos—. Hay algo que no acabo de entender —continuó—. A Ruth le entrega su jefe el maletín para llevártelo a ti. Hace un día muy hermoso y ella decide apearse a mitad de camino, para darse un paseo a la orilla del lago. Entonces, surge un individuo que le arrebató el maletín y huye. Sobreviene la explosión, mueren el ladrón y su cómplice y cuando yo vuelvo al lugar donde había dejado a Ruth, ella ha desaparecido. Pero unos segundos más tarde, encuentro el otro maletín, absolutamente idéntico al primero, y éste sí que contiene los cinco millones que tú tenías que entregar a un desconocido. Eso significa que ni tú ni Ruth deberíais morir al entregar el maletín que a ella no le debió haber sido robado. ¿Qué opinas sobre el particular, Prímula?

—Es bien sencillo —repuso la muchacha—, Ruth huyó espantada, porque creyó que ella debería haber muerto al entregar el maletín. Pero si se hubiera quedado allí, probablemente su jefe le habría entregado el segundo maletín, para que me lo trajera a mí.

—Eso significaría que el jefe sabía que iban a robarle el maletín.

—Indudablemente, y por ello preparó la trampa explosiva. Sin duda, siguió a Ruth, esperando que el robo se produjera en cualquier momento, aunque lo más seguro era que no se imaginase que la cosa iba a suceder en el parque. Pero, de todos modos, estaba

preparado... y lo que buscaba, realmente, era dar un escarmiento a los que pretendían quedarse con los cinco millones.

—Bueno, pero Ruth no podía imaginarse que el segundo maletín estaría a pocos pasos del lugar donde le habían robado el primero —alegó Hockiss.

—Desde luego —convino Prímula—. Pero yo creo que el jefe contaba con llamarla luego y advertirle de que el segundo maletín estaba donde tú lo encontraste. Naturalmente, tu intervención inesperada estropeó los planes de Gregory Shoutts... ¿No se llamaba así el jefe de Ruth?

Hockiss hizo un gesto de asentimiento.

—Luego —dijo sordamente—, alguien pensó que era cómplice de Shoutts y la mató de un tiro. Tengo que encontrar al asesino, Prímula; no puedo dejar impune ese crimen.

Ella le miró serenamente.

—Vuelvo a pedirte que tengas cuidado, Herb —dijo.

El joven sonrió.

—No me dejaré sorprender —aseguró—. Por cierto, ¿cómo has venido hasta mi casa?

—Tengo una pequeña motora y decidí atravesar el lago. El sol y el aire fresco me han sentado muy bien.

—Entonces, te acompañaré hasta el embarcadero —se ofreció el joven—. Pero saldremos por la terraza, si no te parece mal.

—Claro, Herb.

Hockiss y la muchacha se asomaron a la terraza. De pronto, él se detuvo y tiñó de su brazo hacia atrás.

—Quieta, Prímula, no te muevas —dijo en voz baja—. Hay un hombre manipulando en tu lancha.

* * *

El embarcadero estaba a cincuenta metros escasos y desde el borde de la sala podían ver la ribera. Junto al pequeño muelle, se veía a un hombre agachado junto al motor fuera borda, haciendo algo que no se podía ver con claridad desde el lugar en que se encontraban.

Prímula se estremeció.

—¿Qué está haciendo? —murmuró.

—Yo diría que está poniendo una bomba conectada al arranque del

motor. Pero eso es algo que vamos a saber dentro de muy poco. Quédate aquí y no te dejes ver.

Inmediatamente, Hockiss dio media vuelta y corrió hacia la puerta delantera. Luego se deslizó a través de los árboles, dando un pequeño rodeo, a fin de llegar al embarcadero siguiendo una ruta oblicua, cosa que logró cuando el desconocido saltaba ya a tierra.

El hombre caminaba con naturalidad, pero se detuvo en seco al ver que alguien le cerraba el paso. Hockiss avanzó hacia él, con la mano en el bolsillo de la chaqueta.

—Si mueves una sola pestaña, date por muerto —dijo ominosamente.

El desconocido frunció el ceño.

—No sé por qué me amenaza, señor...

Hockiss llegó a su altura, le agarró por el hombro con la mano izquierda y le hizo girar en redondo. Luego lo empujó hasta el extremo del muelle.

—Voy a atarte con el cabo del remolque —anunció—. El extremo quedará anudado al tirafrictor de arranque del motor. Si te mueves, la bomba explotará y tú saldrás hecho pedacitos por los aires, ¿comprendes?

La cara del sujeto griseó.

—Oiga, yo no he hecho nada...

—Eso es lo que vamos a ver inmediatamente —dijo Hockiss con dureza.

En pocos momentos, el sujeto quedó atado en la forma anunciada. Luego, Hockiss se dispuso a mover la lancha con los remos de auxilio.

—Tengo mi balandro a cien metros y allí hay cuerdas de sobra. Ataré otra al arranque, muy larga, de unos ciento cincuenta metros, y si para entonces no has hablado, tiraré de esa cuerda y... ¿Te das cuenta de lo que puede ocurrirte?

—La bomba está ahí —señaló el hombre con el mentón—. Desconéctela y le diré...

—¡No! —cortó Hockiss, tajante—. Lo dirás antes.

Se oyó un suspiro de resignación.

—Wegenberg —dijo el hombre.

—Ha actuado demasiado pronto —se asombró Hockiss—. Ciertamente me amenazó por no acceder a sus pretensiones, pero nunca imaginé que fuese tan rápido.

—Yo le aguardaba fuera de la casa —explicó el sujeto—. En cuanto salió, me dio orden de poner la bomba en su barca.

Hockiss arqueó las cejas.

—¡Pero ésta no es...! —Y se calló súbitamente, porque ahora se daba cuenta de que la bomba no iba dirigida contra Prímula, sino contra él.

Y tras una pausa:

—Muy bien —añadió, tras unos segundos de indecisión—. ¿Sabes nadar?

—No mucho, me defiende solamente...

Hockiss emitió una sonrisa de fingida perversidad. Luego se volvió hacia su casa y lanzó un potente grito:

—¡Prímula, ven! —llamó.

La muchacha acudió corriendo. Hockiss estaba acucillado junto al motor. El prisionero yacía en el fondo de la embarcación, completamente impedido de hacer el menor movimiento.

Minutos más tarde, Hockiss enseñaba un fajo de cartuchos de dinamita, cuya sola visión hizo sentir escalofríos a la muchacha.

—Creyeron que era mi lancha —dijo él—. La cosa no iba para ti, sino para mí.

—Pero yo habría muerto...

—Por fortuna, lo vimos a tiempo. Bien, ahora vamos a terminar con la segunda parte del problema.

—¿Qué piensas hacer ahora, Herb? —preguntó ella.

—Hay dos cosas que estorban en tu lancha. —Hockiss enseñó la dinamita—. Esta es una; la otra...

Señaló al prisionero con la mano.

—Le haremos nadar un rato —agregó.

—Oiga, yo no sé si resistiré mucho tiempo —se lamentó el sujeto.

—Ese es tu problema —dijo Hockiss fríamente.

Prímula se inclinó hacia el joven y le dijo algo al oído:

—Si piensas tirarlo en medio del lago, déjale un salvavidas.

Hockiss asintió.

—Pensaba hacerlo, pero no se lo diremos hasta el último instante. Y, además —

sonrió—, se lo dejaremos a cierta distancia. Que nade un poco; eso le hará pensárselo mejor la próxima vez que quiera meterse conmigo.

Prímula sonrió también.

—Eres terrible, Herb —calificó.

Hockiss le dirigió una intensa mirada.

—Lo soy en todos los sentidos —contestó.

Ella se puso colorada sin poder evitarlo.

CAPITULO X

De nuevo estaba en el Freesex y esperaba encontrar a Bart Nash, el hombre que, fríamente, había metido una bala en la frente de Ruth Fawcett. No se lo perdonaría nunca, se dijo, mientras tomaba asiento en una mesa situada en un lugar discreto.

Una camarera, cuya única vestimenta, aparte de los zapatos y unas espectaculares medias negras, consistía en un diminuto triángulo rojo, sujeto a las caderas por un cordón apenas visible, se le acercó para tomar nota de su pedido. Hockiss la contempló críticamente un segundo y luego, con la mejor de sus sonrisas, dijo:

—Una copa de lo bueno, preciosa.

La camarera sonrió también.

—No hay nada malo aquí, señor —contestó.

—Usted, lo primero de todo.

—Seguro —rió ella, y se alejó, con gran contoneo de caderas, para volver a los pocos momentos con lo solicitado—. ¿Algo más, señor?

—Dos cosas, una de las cuales no se puede expresar con palabras. Si usted tiene imaginación, adivinará cuál es una de esas dos cosas.

—No es difícil suponerlo, señor, pero lamento tener que darle malas noticias sobre el particular.

—Ah normas de la casa.

—Normas particulares, señor.

—Lo lamento de veras. La otra cosa es que siento infinito su escasez de ropa.

—¿Por qué? —Ella arqueó las cejas—. Es el «uniforme» de la casa, señor. A los clientes les gusta, se lo garantizo.

—Y a mí también, pero de esta forma, me resulta imposible ponerle veinte dólares en el escote.

Los ojos de la camarera brillaron, codiciosos.

—Déjelos bajo el plato —indicó.

—Está bien. —Hockiss hizo lo que le decían—. Ahora, dígame cuál de los clientes es Bart Nash. Si no ha llegado todavía, avíseme cuando venga. ¿Entendido?

Hubo un gesto de sorpresa en el rostro de la camarera, pero asintió al ver que Hockiss ponía dos billetes bajo el plato.

—Volveré en cuanto pueda, señor —murmuró.

Hockiss se dedicó a contemplar el espectáculo, que le pareció absolutamente falto de imaginación y carente de gracia. Pero había gentes a las que gustaba y parecían divertirse enormemente con las cosas que sucedían en el pequeño escenario del local.

La camarera tardó un buen rato en volver.

—Me siento desolada, señor —manifestó a media voz—. El señor Nash

no vendrá esta noche. Lo lamento tantísimo...

—Usted, supongo, no sabe dónde vive.

Ella hizo un gesto negativo.

—No, señor.

Hockiss suspiró.

—No se puede luchar contra la adversidad — sonrió—. Volveré mañana, encanto.

La camarera se marchó, llevándose el servicio y el dinero bajo el plato. Hockiss se puso en pie.

Había perdido el tiempo, pensó disgustadamente, y al día siguiente tendría que regresar al local, cosa que no le agradaba en absoluto, pero sabía que debía hacerlo, si quena encontrar a Nash. Tranquilamente, se dirigió hacia la puerta y luego salió a la explanada contigua, donde se estacionaban los coches de los clientes del Freesex.

Se acercó a su automóvil, situado en una zona penumbrosa, y ya se disponía a insertar la llave en la cerradura de la portezuela, cuando, de pronto, notó en el cuello el frío contacto de un objeto metálico.

—No haga ningún gesto sospechoso o le parto la vértebra de un balazo —dijo alguien situado a sus espaldas.

Hockiss se estremeció.

En un instante comprendió lo ocurrido. La camarera le había traicionado.

Seguramente, Nash le había dado más dinero o ella era su fulana. «O tal vez tiene miedo», pensó.

—¿Nash? — dijo a media voz.

—El mismo — respondió el asesino—. Escúcheme bien. Va a hacer todo lo que yo le diga, sin desviarse un milímetro, porque si no sigue mis instrucciones, puede contarse entre los muertos.

—De todas formas, ya me he despedido de la vida —dijo el joven tranquilamente—.

Porque ahora me ordenará ir a un lugar solitario, en donde me pegará

un tiro, ¿verdad?

Los dientes de Nash crujieron audiblemente. Hockiss agregó:

—A Ruth Fawcett se lo pegó en la frente. Creo que es su marca de fábrica, Bart.

—Vamos, abra el coche de una maldita vez —gruñó el sujeto—. Ya charlaremos en el lugar al que vamos a ir. Y le contaré todo, se lo aseguro.

—Sabiendo que no voy a poder repetirlo a nadie, no le importará mostrarse locuaz conmigo —dijo Hockiss sin alterar el tono de su voz.

Acabó de meter la llave y la hizo girar en la cerradura. En el mismo momento, alguien surgió de las sombras y golpeó al pistolero con un objeto pesado en la cabeza.

Nash lanzó un gruñido y se tambaleó, aunque no llegó a caer al suelo. Hockiss se dijo que no podía desaprovechar la ocasión y, revolviéndose fulgurantemente, desvió la mano armada y disparó el puño derecho con toda su potencia muscular.

Nash cayó como un fardo. Entonces, Hockiss, atónito, reconoció a la persona que había acudido en su ayuda tan inesperadamente.

—¡Prímula! ¿Qué diablos haces aquí?

La muchacha sonreía, a la vez que enseñaba el bolso, manteniéndolo en alto.

—Hay una piedra dentro —dijo—. Siempre la llevo cuando salgo por las noches. Un amigo de mi padre, policía, me lo recomendó en cierta ocasión, para defenderme de ladrones y asaltantes nocturnos.

Hockiss se pasó una mano por la cara.

—Habíamos quedado que no vendrías al Freesex...

—No he llegado a entrar. He aguardado fuera casi todo el tiempo, una vez que me cercioré que estabas en el interior. Pero al cabo de un rato, vi salir a un tipo y merodear entre los coches, hasta que se situó junto al tuyo. Lo demás, ya lo sabes, Herb.

—Debo darte las gracias, aunque también debería darte una buena zurra en... bueno, en donde te sientas —rezongó el joven.

—Ya lo harás en mejor ocasión —rió ella—. Bueno, ¿qué hacemos ahora con este indeseable sujeto, Herb?

Hockiss meditó un segundo, pero muy pronto llegó a una decisión.

—Yo quería hablar con él, y eso es lo que haremos esta misma noche. Sin embargo, resulta obvio que él se negará a contestar a mis preguntas, de modo que no nos quedar?

otro remedio que obligarle a que hable. ¿Entendido?

—Sí, pero ¿cómo lo harás?

El joven se inclinó, recogió la pistola de Nash y se la echó a un bolsillo.

—Tú conducirás, Prímula. Vamos a mi casa primero y luego a una excursión nocturna por el lago. En balandro, que resulta más atractivo.

—Hay luna llena, Herb. Será un paseo muy romántico.

—¿Con este tipo a bordo? —refunfuñó él.

De pronto, abrió la portezuela posterior, cargó con el desvanecido pistolero y lo arrojó al asiento trasero. Luego entregó las llaves a la muchacha.

—Vámonos —dijo escuetamente.

* * *

Bart Nash despertó atado de pies y manos y con una mordaza en la boca. Notó que se hallaba en un suelo de tablas que se movían levemente y levantó la cabeza para averiguar dónde se hallaba. Su sorpresa fue enorme al percatarse de que estaba en una pequeña embarcación, movida por la brisa nocturna, que se desplazaba con gran lentitud por la apenas rizada superficie de las aguas.

La frescura de la noche le hizo reaccionar rápidamente. Se agitó con fuerza y rodó un par de veces sobre sí mismo. Entonces, oyó una voz de hombre:

—No des otra vuelta o te caerás por la borda. Tienes un peso atado a los pies y ya sabes lo que eso significa.

Nash se quedó helado. Encogió las piernas un poco y notó que,

efectivamente, había algo pesado atado a la cuerda que unía sus tobillos.

Trató de decir algo, pero no consiguió más que emitir sonidos inarticulados. Al levantar de nuevo la cabeza, vio a un hombre sentado en la popa, empuñando con mano firme la caña del timón. La luz de la luna era suficiente para identificar sus facciones y se sintió invadido por una furia inmensa, al darse cuenta de que se habían vuelto las tomas en su contra.

De pronto, se sintió invadido por un pánico espantoso.

Tenía un lastre atado a los pies. Iban a arrojarle al agua. Una vez más trató de gritar, pero todos sus esfuerzos resultaron estériles.

Hockiss sonrió.

—No tengas prisa en hablar, Bart —dijo—. Todavía estamos demasiado cerca de la orilla. Ya llegará el momento, no te preocupes.

Prímula estaba en pie, agarrada al mástil con una mano, detrás del pistolero, por lo que éste no podía verla. La joven miró a Hockiss y sonrió a la vez que agitaba ligeramente la mano libre.

Casi una hora más tarde, Hockiss fijó la caña y arrió las velas. Luego sacó un rollo de cuerda, que pasó por debajo de los sobacos de su prisionero. Inmediatamente, le quitó la mordaza y luego, sin darle tiempo a reaccionar, lo lanzó por la borda al agua.

Nash abrió la boca, pero se le llenó de agua en el acto. La inmersión duró un tiempo que le pareció eterno, hasta que un tirón de la cuerda a la que estaba sujeto detuvo el movimiento de descenso. Estuvo unos segundos en el mismo sitio, perneando frenéticamente, hasta que notó que era izado a la superficie.

Al emerger, aspiró aire, escupió agua y tosió aparatosamente. Luego miró hacia arriba.

Hockiss sujetaba la cuerda con ambas manos y un pie afirmado contra la borda. La joven estaba a su lado, con un afilado cuchillo en la mano derecha.

—Bart, vas a hablar o esta encantadora damita que tengo al lado cortará la cuerda y te irás al fondo sin poder remediarlo —dijo Hockiss ominosamente.

—Usted no puede hacer una cosa así...

Hockiss aflojó la cuerda y el pistolero se sumergió de nuevo. Esta vez, Nash permaneció casi un minuto bajo el agua. Cuando volvió a asomar la cabeza, sentía los pulmones a punto de explotar.

—En este lugar, hay más de ciento cincuenta metros de profundidad —dijo Hockiss con frialdad—. Llegarás al fondo y quedarás flotando, pero sujeto por el lastre. Los peces te comerán y...

—Está bien, está bien —jadeó Nash—. Lo diré todo, pero, Sáquenme de aquí, por el amor de Dios.

El joven se indignó.

—¡Por el amor de Dios! —rugió—. ¿Pensabas lo mismo cuando disparaste contra la frente de una joven inocente?

—Me pagaron por ello... —gimió el pistolero.

—¿Quién?

—Shoutts...

—O sea, el jefe de Ruth Fawcett.

—Eso ya no lo sé. Me llamó, dijo que la liquidase... Luego me pagó lo convenido...

—¿Cuánto? —preguntó Prímula sin poder contenerse.

—Tres mil.

La joven sintió una vivísima cólera y perdió los estribos. Su mano derecha se movió, pero Hockiss pudo contenerla a tiempo.

—No te pongas a su altura —le reprochó.

Ella bajó la cabeza.

—Lo siento. No he podido contenerme, Herb.

—Está bien, no te preocupes. Bart, ¿te dijo Shoutts por qué debía morir Ruth?

—No... Me lo pidió y yo lo hice...

Hockiss se sentía asqueado. Para los sujetos como Nash, la vida ajena carecía de importancia. Sólo el dinero tenía valor para él.

—¿Sabes algo de un maletín con mucho dinero? —preguntó súbitamente.

—No mucho. He oído rumores... Creo que lo tenía que recibir un tal Wegenberg... pero eso es todo lo que sé —contestó Nash desmayadamente—, ¿Hasta cuándo me van a tener aquí? —gimoteó.

—Wegenberg —repitió Hockiss pensativamente—. Las cosas empieza a aclararse un poco...

—Oiga, ¿por qué no habla con Thane Marrough? Estoy seguro de que él podría decirle muchas cosas sobre este asunto —dijo el pistolero inesperadamente—. Le daré su dirección... a cambio de mi libertad.

—Está bien, habla.

—Calle Cuarta, tres mil doscientos ochenta y siete.

—De acuerdo, Bart.

Hockiss izó al pistolero y lo dejó tendido sobre la cubierta.

—Prometió soltarme — se quejó Nash.

—Sí, pero no en estos momentos.

El balandro se puso en movimiento al poco rato. Una hora más tarde, desembarcaban en la orilla.

Nash tenía los tobillos sueltos y podía andar, pero sus manos continuaban atadas a la espalda. De nuevo protestó por su situación, pero entonces, Hockiss le dirigió una dura mirada.

—Yo no te prometí nada y no pienso soltarte, Bart —manifestó—. Mataste a Ruth Fawcett y voy a entregarte a la policía, para que respondas de tu crimen.

El pistolero empezó a maldecir obscenamente y Hockiss levantó la mano para estampársela en la boca, pero en el mismo momento, Prímula lanzó un agudo grito:

—¡Cuidado, Herb!

El joven se volvió. Un hombre descendía por la cuesta a todo correr y

algo brillaba en su mano.

Hockiss comprendió en el acto el gravísimo peligro que corrían y se lanzó a un lado, a la vez que empujaba a la muchacha con el hombro. Los dos cayeron al suelo, en el instante en que sonaban dos disparos.

Nash emitió un grito de agonía, dio un salto convulsivo y cayó de espaldas. El asesino tan inesperadamente surgido, giró en redondo y echó a correr.

Hockiss no se molestó en salir en su persecución. Había lanzado al agua la pistola de Nash y no sentía el menor deseo de correr tras un hombre dispuesto a todo.

Volvió la cabeza un momento. Nash se agitaba aún débilmente, pero era evidente que sus minutos estaban contados.

Reaccionando con rapidez, se puso en pie. Agarró la mano de Prímula y la levantó a pulso.

—Va a venir gente, policías... —dijo apresuradamente—. Estábamos en mi casa, oímos los disparos y acudimos a ver qué había ocurrido. ¿Lo entiendes?

Ella asintió. Era la mejor excusa que se podía dar para su presencia en las inmediaciones del embarcadero.

—Pero yo también tengo algo que decirte —manifestó.

—¿Sí?

—He reconocido al asesino de Nash. Le vi la cara cuando disparaba, por el resplandor de

los fogonazos.

—¿Y...?

—Era Cartney.

CAPITULO XI

El número indicado por Nash era una casita situada en las afueras y rodeada de un pequeño jardín. Hockiss la examinó a la tarde siguiente, con toda discreción, preguntándose qué podía saber el ocupante de la casa acerca de un maletín con cinco millones de dólares.

El edificio parecía propio de una persona que vivía desahogadamente, aunque no nadaba en la abundancia. Probablemente, pensó, estaba retirado, después de trabajar muchos años en una profesión que no acertaba a adivinar.

El jardín aparecía muy bien cuidado. Quizá era aficionado a la floricultura. Si, como suponía, estaba retirado, le sobraría tiempo para cuidar del jardín, aunque en aquellos momentos no veía a nadie fuera de la casa.

Al cabo de un rato, se decidió a entrar. El jardín estaba rodeado por una pequeña valla, cuya puerta abrió sin dificultad. Momentos después, pulsaba el timbre de llamada.

Nadie contestó. Marrough debía de estar fuera. Era una buena ocasión para curiosear dentro de la casa, aunque no sabía cómo abrir una puerta que, indudablemente, estaba cerrada con doble vuelta de llave.

Dio la vuelta y encontró la puerta trasera, de cristales, uno de los cuales saltó de un codazo sin el menor escrúpulo. Metió la mano por el hueco, tiró de la falleba y así pudo penetrar en el edificio.

Inmediatamente, empezó a recorrer todo, sin encontrar nada que le permitiese el menor indicio acerca de las posibles relaciones de Marrough con el maletín de los cinco millones.

El interior de la casa aparecía perfectamente ordenado y ello le hizo saber que Marrough era un amante del orden. «Un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio», pensó.

Encontró también un escritorio de persiana, pero en su interior no halló nada importante. Al cabo de un buen rato, se dijo que estaba perdiendo el tiempo y que lo mejor que podía hacer era marcharse y volver en otro momento, cuando estuviese el dueño de la casa.

De pronto, vio que algo llamó su atención.

Estaba en el salón de la casa, una de cuyas paredes estaba cubierta por una estantería repleta de libros. La librería constaba de tres cuerpos y la situación de los libros, pese a la manía de su dueño, le pareció demasiado perfecta.

El cuerpo central estaba repleto de libros y no había un solo hueco ni se veía uno solo mal colocado. La alineación de los tomos era de una perfección absoluta.

Acercándose a la librería, examinó los libros con gran atención. No tardó en darse cuenta de que eran simulados y sólo existían los lomos. Era un cuerpo de librería de pura decoración, pero le pareció que aquello no cuadraba mucho con el carácter de Marrough.

—¿Habrá algo escondido al otro lado? — murmuró.

Examinó los rótulos impresos en los lomos de los falsos libros. De repente, encontró un título que le hizo sonreír.

—Nada menos que *La isla del tesoro* —dijo entre dientes.

Era un título muy sugestivo. Agarró el falso libro por la parte superior y tiró hacia fuera, pero no ocurrió nada.

—¿Me habré engañado?

Para salir de dudas, hizo presión en sentido contrario. Entonces, se oyó un leve chasquido y la estantería giró silenciosamente a un lado.

Hockiss contempló estupefacto el negro hueco que se abría a sus pies. Miró hacia abajo, pero no pudo ver nada, excepto unos peldaños de hierro empotrados en una de las paredes del pozo que, sin duda, daba a un sótano cuya existencia acababa de descubrir.

Resuelto a todo, inició el descenso. Al llegar abajo, sacó un fósforo y así pudo divisar el interruptor de la luz. Cuando las tinieblas se hubieron disipado, giró en redondo para ver lo que había en el sótano.

Estupefacto, contempló una serie de cosas que le hicieron ver claro en aquel mismo momento. Nash tenía razón, se dijo: Marrough sabía perfectamente todo lo que sucedía con el maletín de Tos cinco millones.

Lentamente, se acercó a una mesa y cogió un rectángulo de metal, que sopesó con la mano unas cuantas veces. Vio muchas cosas más: frascos de tintas de diversos colores, una gran cámara fotográfica, una ampliadora, una pequeña imprenta, una guillotina, varios rollos de papel...

De pronto, oyó un ruidito. Antes de que pudiera darse cuenta exacta de lo que pasaba, vio a un hombre que se dejaba caer al sótano.

El sujeto le vio también y echó mano al interior de su chaqueta. Hockiss actuó con enorme rapidez y le arrojó el rectángulo de metal que aún tenía en la mano. El hombre lo vio venir y se ladeó para

esquivarlo, pero los pies se le enredaron y cayó de costado al suelo.

Hockiss se abalanzó sobre él y le asestó un seco rechazazo al mentón. Los ojos del hombre se pudieron en blanco un instante y luego se quedó quieto.

Inmediatamente, le quitó una pistola que tiró a un lado. Se preguntó qué podía hacer Pete Smith en aquella casa.

Smith era el sujeto al que había apodado «hombre de las cavernas», pero no iba a esperar a que recobrase el conocimiento. La policía tenía mucho que decir en aquel caso.

Corrió hacia la escalera, trepó rápidamente y alcanzó el salón. Luego movió el libro en sentido contrario y la estantería volvió a su posición inicial.

* * *

Hockiss vio la lancha que se acercaba lentamente al embarcadero y salió de la casa para recibir a la visitante. Prímula le tiró un cabo y él lo amarró a un poste. Luego le dio la mano para ayudarla a saltar a tierra.

—Presiento que tienes noticias —dijo ella sonriendo.

—¿Cómo lo sabes? — preguntó Hockiss en el mismo tono.

—He llamado varias veces y no me contestabas. Yo también tengo un telescopio y estuve mirando mucho rato, para ver si te movías en la casa, pero me di cuenta de que habías salido. Sin duda, estuviste hablando con Marrough.

—No, no le he visto, aunque sí estuve en su casa. Pero vamos arriba a tomar un poco de

café. Creo que, al fin, sé lo que pasa con el dichoso maletín de los cinco millones.

—¿Hablas en serio? —se asombró Prímula.

Hockiss se apoderó del brazo de la muchacha.

—No bromeo — contestó.

Ella comprendió que debía esperar y se mostró paciente, hasta que Hockiss hubo llenado las tazas. El joven se retrepó en su asiento, con

la sonrisa en los labios.

—No he visto a Marrough, pero sé a qué se dedica. También sé que lo que hay en el maletín no vale cinco millones, aunque algunos esperan sacar una buena tajada de su contenido.

Prímula agitó una mano.

—Déjame hablar un instante y dime luego si me he equivocado —solicitó—. ¿Debo pensar que esos billetes de mil no son legítimos?

—¿Por qué no empleas el calificativo adecuado, Prímula?

—Son billetes falsos, Herb.

—Exactamente —corroboró él.

—Entonces, esa es la causa de todos los crímenes.

—Indudablemente. No se trata del botín de un robo a un banco, como había pensado en un principio, sino de un asunto de falsificación de moneda, del que alguien espera obtener buenos beneficios.

—Shoutts, el jefe de la pobre Ruth.

—Sí. El caso, es obvio, empezó ahí, cuando Shoutts encargó a Ruth que llevase el maletín sabiendo, sin embargo, que tratarían de robárselo, lo cual induce a pensar que son dos los bandos en conflicto. Shoutts quiso dar un escarmiento a sus rivales, sin darse cuenta de que con ello iniciaba una cadena de crímenes que todavía, quizá, no ha terminado.

Prímula sintió un escalofrío.

—¿Crees que habrá más muertes?

—No apostaría nada en contrario. Tenemos a Shoutts, a Cartney, a Wegenberg... y al

«hombre de las cavernas», esto es, Pete Smith, con quien, por cierto, he tenido un encuentro en el día de hoy.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella, vivamente interesada.

—Nash tenía razón: Marrough sabía mucho acerca de los cinco millones, porque es el falsificador. Tiene la imprenta en un sótano secreto de su casa y yo lo estuve viendo todo.

—¡Asombroso! —calificó Prímula—, Si el sótano es secreto, ¿cómo lo encontraste?

Hockiss sonrió con suficiencia.

—Permíteme sentirme orgulloso de mis habilidades —dijo—. Después de registrar a fondo la casa, no encontré el menor rastro que permitiera suponer que Marrough tenía alguna relación con el caso. Pero entonces descubrí una librería con tres cuerpos. Los libros del cuerpo central son simulados, simplemente de adorno. Uno de ellos, de un título muy apropiado, era el resorte que hacía girar esa estantería, dejando libre la entrada al sótano.

—Un título muy apropiado...

—*La isla del tesoro*.

—No cabe duda: es el libro más adecuado para este caso —dijo Prímula sonriendo—. Y

allí encontraste...

—Todo lo necesario para la fabricación de billetes falsos. Entonces, me sorprendió Smith, hubo un breve intercambio de golpes, lo dejé fuera de combate y me marché.

—Deberías haberle interrogado para saber dónde está Shoutts —opinó la muchacha.

—No se me ocurrió. No conozco a Marrough y, puesto que se hallaba ausente, no tenía ganas de que me sorprendiera. Así evitaba complicaciones, Prímula.

—Está bien —dijo ella—. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Tengo que encontrar a Shoutts. O a Cartney, aunque tengo más ganas de hablar con Shoutts. No puedo olvidar que, a fin de cuentas, Ruth murió por su culpa. Shoutts montó su falsa sucursal de una naviera, sólo para el asunto, y luego desapareció.

—Puede que se haya ido muy lejos...

—No lo creo. Se encargó de transferir los billetes impresos por Marrough y tenía que recibir una gran suma, cuando tú los hubieras entregado. Los billetes no han aparecido; si no los encuentra, perderá un bonito negocio.

—¿Mucho dinero?

Hockiss hizo un gesto con las manos.

—Lo ignoro. No sé qué valor pueden tener cinco mil billetes de mil dólares falsos, pero si Wegenberg estaba dispuesto a pagarme cincuenta mil es porque esperaba conseguir el doble, al menos.

—Es posible que tengas razón —convino Prímula—, Lo malo es que alguien te obligue a decir dónde está el maletín y no precisamente con buenos modos.

—No lo creo. Tengo un investigador privado que anda buscando a Cartney. Cuando lo encuentre, sabré seguramente dónde está Shoutts. Y entonces...

—Entonces... —dijo ella ansiosamente.

Las facciones del joven se endurecieron.

—Le haré pagar caro la muerte de una joven que se sentía muy contenta porque había encontrado un buen empleo, pero ignoraba que al aceptar el trabajo firmaba su sentencia de muerte —contestó sombríamente.

Prímula puso una mano sobre el brazo del joven.

—No te tomes la justicia por tu mano —aconsejó.

Hockiss hizo un gesto negativo, a la vez que sonreía.

—Al menos, le aplastaré la nariz de un buen puñetazo. Se lo merece, creo.

—Sí, desde luego, pero no hagas algo de lo que luego puedas arrepentirte. No me gustaría verte en un serio compromiso, Herb.

Los ojos de Hockiss se clavaron unos instantes en el rostro de la muchacha.

—Eres soltera, supongo —dijo de pronto.

—Sí, claro.

—¿No has tenido nunca ningún compromiso?

—Sólo pretendientes.

—En abundancia, por supuesto.

Prímula se echó a reír, a la vez que se ponía en pie.

—Dejemos este tema por ahora —contestó, evasiva.

—Continuaremos en otro momento —dijo él—. Es un tema que me interesa muchísimo.

Ella re ruborizó ligeramente.

—Debo marcharme. He de asistir esta noche a una fiesta y no puedo entretenerme más. ¿Me llamarás mañana?

—Seguro — repuso Hockiss.

Acompañó a Prímula hasta el embarcadero y la vio alejarse a través del lago, en el crepúsculo. Luego regresó lentamente a su casa, diciéndose que estaba un poco harto del asunto y que si, en el plazo de veinticuatro horas no encontraba a Shoutts, lo dejaría todo, entregaría el maletín a la policía y...

—Y hablaremos otra vez de cierto tema que ahora ha quedado interrumpido —

murmuró.

Al llegar a su casa, dudó si salir a cenar a alguna parte o tomar un bocadillo, decidiéndose finalmente por la segunda opción, en espera de una posible llamada del investigador que había contratado para que averiguase ciertos datos. Pero el tiempo fue pasando y el teléfono permaneció silencioso todo el tiempo, hasta que, al fin, cansado y aburrido, decidió irse a la cama, al filo de las once de la noche.

Entonces, inesperadamente, sonó el teléfono. Hockiss se precipitó hacia el aparato y dio su nombre.

Una voz, que no era la del investigador, sonó en sus oídos inmediatamente:

—Señor Hockiss, le anuncio que tenemos a la señorita Rhinegreen en nuestro poder. Le damos de plazo hasta el amanecer, para que entregue cierto maletín que se halla en su poder y cuyo paradero nos es desconocido. Si no lo hace así, la señorita Rhinegreen irá a parar al fondo del lago, con un peso atado a los pies. A fin de facilitarle su tarea, le diré que estamos en la propia casa de esa muchacha, desde la

cual podemos vigilar todos sus movimientos. Si llama a la policía, despídase de ella para siempre. Otra cosa: traiga el maletín en su balandro. ¿Ha comprendido?

—Perfectamente —contestó Hockiss, rugiendo de cólera interiormente.

—Eso es todo. Recuerde, el plazo termina al amanecer. ¡Adiós! —se despedió el sujeto con brusquedad.

El teléfono volvió despacio a la horquilla. Durante unos momentos, Hockiss sintió que la cabeza le daba vueltas.

Prímula estaba en poder de unos sujetos sin escrúpulos, que no dudarían en asesinarla, si él no cumplía lo ordenado. Pero se resistía a ceder en un asunto que había llegado a considerar como propio, aunque, desde luego, quería evitar que la muchacha sufriese el menor daño.

De pronto, creyó haber encontrado una idea salvadora.

—Si —murmuró sonriendo—, es la mejor solución.

CAPITULO XII

Jory Uddin vigilaba a través del telescopio y, de pronto, lanzó una exclamación de júbilo.

—¡Acaba de izar las velas del balandro!

Gregory Shoutts consultó su reloj de pulsera.

—Ya era hora. Son más de las dos de la madrugada...

—Tiene tiempo suficiente para llegar antes del amanecer —dijo el pistolero.

—Sí. ¿Lo has visto bien?

—La luna da una luz magnífica. He visto el maletín en sus manos, jefe.

—Está bien. Vuelve junto a la chica y no la pierdas de vista un solo momento.

—De acuerdo.

Shoutts quedó en la terraza, junto al telescopio, a través del cual podía

ver claramente el balandro que se movía lentamente sobre la superficie del lago. Satisfecho, fue al bar y se sirvió una copa.

Hockiss tardaría una hora o acaso un poco más, en realizar la travesía. Antes de las cuatro estarían ya muy lejos, con los billetes en su poder. El asunto resultaría perfecto, se dijo.

Shoutts ignoraba que Hockiss, en aquellos momentos, estaba mucho más cerca de lo que pensaba. El joven se hallaba junto a la orilla, ya en tierra, y en un punto que no se le podía ver desde la casa.

Había atravesado el lago por un procedimiento que Shoutts no había podido imaginarse siquiera y ahora estaba deshaciéndose del equipo que había utilizado. Al terminar, se puso en pie y caminó sigilosamente hacia la casa de Prímula.

Para llegar a ella, tenía que atravesar la carretera de circunvalación del lago y espero a que el tráfico cesara durante unos momentos. Luego echó a correr, alcanzó la tapia por la parte posterior y saltó al jardín.

Nunca había estado en aquella residencia, por lo que se dijo que debía actuar con grandes precauciones. Le extrañó no oír ladridos de perros pero, de pronto, tropezó con un cuerpo inmóvil en el suelo. Al agacharse, comprobó que se trataba de uno de los canes. El animal respiraba regularmente.

—Narcotizado —murmuró.

Era lógico, se dijo. Los ladridos de los perros podrían haber causado una alarma que ellos eran los primeros interesados en evitar.

Paso a paso, se acercó a la casa. Cuando llegaba a las inmediaciones de una ventana, rebasándola, vio un rayo de luz que salía a través de una cortina mal cerrada.

Aplicó el ojo y vio a Prímula sentada en una butaca, a la cual estaba amarrada con unas cuerdas. Al fondo, sentado negligentemente, casi de espaldas a la ventana, un individuo leía una revista con aire placentero.

Hockiss probó a levantar el bastidor, cosa que hizo sin dificultad. Luego, en el más completo silencio, pasó las dos piernas sucesivamente y apartó un poco la cortina.

Prímula captó el movimiento con el rabillo del ojo y volvió la cabeza.

Su asombro fue enorme al ver a un hombre vestido enteramente de negro, de la cabeza a los pies, con una especie de traje de una sola pieza, incluso con capucha que sólo le dejaba libre el rostro. Pero cuando vio que el nombre se ponía un dedo en los labios, comprendió en el acto que no era un enemigo.

Hockiss apartó la cortina muy despacio y luego, de puntillas, se acercó a Jory. En el último instante, el sujeto presintió la inminencia de un peligro, y empezó a levantarse, con la mano en el interior de la chaqueta, pero ya era tarde.

Con la mano izquierda, Hockiss sujetó el brazo del hampón. Luego disparó el puño derecho con todas sus fuerzas.

Jory se desplomó como un fardo sobre el sillón. Hockiss le quitó la pistola inmediatamente y luego se volvió sonriendo hacia la muchacha, a la vez que se echaba hacia atrás la capucha de su extraño traje.

—En el invierno, en donde yo vivo, el agua está fría si uno quiere practicar la pesca submarina, en los raros días en que el mar está calmado —explicó sonriente—. Entonces, se necesita un traje interior de mucho abrigo... que por cierto, me está haciendo ya sudar a chorros.

Se acercó a Prímula y se inclinó hacia ella.

—Voy a aprovecharme de que no puedes defenderte —dijo, un segundo antes de besarla

—Para hacer esto, no es necesario que yo esté atada —sonrió ella, después del beso.

—Lo discutiremos luego. Ahora voy a soltarte...

Momentos después, Prímula quedaba libre. Al levantarse, Hockiss dijo:

—Sígueme, pero no intervengas. Indícame el camino para llegar a la terraza, por favor.

—Está bien, Herb.

En silencio, atravesaron la casa y llegaron a la gran sala, que daba a una enorme terraza, desde la que se divisaba una espléndida vista del lago. Había allí un hombre, situado tras el telescopio, completamente abstraído en su tarea de vigilancia, lo que permitió al joven acercarse

sin hacer el menor ruido.

Shoutts se estremeció horriblemente al sentir de pronto en su nuca el frío contacto de un arma de fuego.

—El balandro que está observando no viene pilotado por su dueño, sino por un amigo.

El maletín que trae ese amigo, está vacío y el que contiene los billetes falsos, sigue todavía en el mismo sitio que usted y sus amigos no han sabido encontrar todavía. Los brazos de Shoutts cayeron desmayadamente a lo largo de los costados.

—Debo suponer que la señorita Rhinegreen está libre —dijo, sin moverse de su sitio.

—Sí, señor Cartney —contestó la muchacha sorprendentemente.

* * *

Hockiss hizo un gesto de asombro, pero no tardó en reaccionar.

—Debí haberlo sospechado —dijo—. Por lo visto, Cartney se cansó de un negocio que no producía demasiado, sacar dinero a los causantes de unos imaginarios accidentes de automóvil, y decidió dar un golpe de importancia. Se hizo pasar por Shoutts, montó una oficina, contrató a una linda e inocente secretaria... ¿Me equivooco?

—¿Qué importa ya? —contestó Shoutts desanimadamente.

—Sí, a usted ya no le importa, porque pagará la muerte de Ruth y otras más que ordenó para eliminar competidores o acallar bocas comprometedoras. Lo extraño es que Marrough siga con vida, después de haber fabricado los billetes de mil.

—Está preparando una nueva «emisión» de billetes de den. Dan menos rendimiento, pero son más fáciles de pasar —aclaró el sujeto.

Hockiss no quiso decir que había estado en casa de Marrough. El falsificador ya no trabajaría más en su sótano.

—¿Qué va a hacer ahora? —preguntó Shoutts—, ¿Entregarme a la policía?

—¿Usted, qué cree?

—Les costará mucho encontrar pruebas...

—Por lo que sospecho, un tal Jory hablará, a fin de consentir una sentencia más benigna. Cuando se descubra el pastel por completo, Jory no será el único en soltar la lengua. Shoutts, o Cartney, como se llame, voy a disfrutar enormemente viéndole entre rejas por el resto de sus días —dijo el joven coléricamente—. Los que murieron, más o menos sabían a qué se exponían, desde que tomaron parte en el juego, pero no puedo olvidar a una muchacha que no tenía nada que ver con este asunto y que murió miserablemente. Usted me entiende, ¿no es cierto?

Shoutts se estremeció, pero no dijo nada. De pronto, se oyó una voz en la sala;

—¡Hockiss, suelte esa pistola ahora mismo!

El joven, sorprendido, se volvió, mientras Prímula lanzaba un grito de susto. Plantado en el centro de la estancia, con un revólver en la mano, estaba Wegenberg, con una expresión muy poco amable en sus facciones.

Al cabo de unos segundos, Hockiss dejó caer el arma y se separó del otro. Shoutts empezó a volverse y, al el mismo momento, Wegenberg le metió dos balas en el cuerpo, derribándolo fulminado al pie del telescopio.

Prímula se puso las manos en la boca para no gritar. Torvamente, con una sonrisa de demonio en sus labios, Wegenberg se volvió hacia la muchacha.

—Y ahora, señor Hockiss, me va a decir dónde tiene escondido el maletín con los billetes o juro que mato a la chica.

Hockiss contempló unos instantes la expresión de Wegenberg y se (fio cuenta de que no amenazaba en vano.

—¿Ya sabe que son billetes falsos?

—Por eso le ofrecí sólo cincuenta mil dólares —contestó Wegenberg.

—¿Cuánto piensa sacar de ese montón de papel inservible?

—Doscientos mil.

—No está mal. Cuarenta dólares por ejemplar.

—Exactamente. Y ahora, por favor, ¿quiere decirme dónde está

escondido el maletín? Es la última vez que se lo pido y, créame, no amenazo en vano.

Hockiss inspiró profundamente. Luego miró a Prímula.

—Tú vales infinitamente más —dijo.

Volvió los ojos hacia Wegenberg.

—El maletín está...

—Será mejor que tire el arma —dijo alguien inesperadamente.

Los ojos del joven se dilataron. El hombre de las cavernas estaba en la entrada, con un revólver en la mano, acompañado de otro de aspecto más normal. Wegenberg se volvió rabiosamente y alzó la mano. Pete Smith se anticipó y lo derribó de un balazo en el hombro.

—Celebro haber llegado a tiempo —dijo sonriendo.

Su compañero se precipitó hacia Wegenberg. Smith se acercó al joven.

—Realmente, me llamo así —dijo—. Mi compañero es Curley Anders, y ambos somos agentes del Tesoro.

—Esto es, buscaban los billetes falsos.

—Exactamente. —Smith hizo un guiño—. Me divertí mucho cuando supe que Curley salió de la caravana y se encontró en medio del lago.

—Ah, entonces, era él...

—También le espiábamos a usted, claro.

Hockiss asintió.

—Comprendo. Y ahora, permítanme, pero tengo que hablar con la señorita Rhinegreen de algo muy importante para los dos.

Se acercó a la muchacha, rodeó su cintura con un brazo y se la llevó lejos de la sala.

—Prímula, ¿se te ha pasado ya el susto?

—Sí, me encuentro mucho mejor —sonrió ella.

—Pues ahora te voy a dar yo otro susto. ¿Quieres casarte conmigo?

—Eso no me asusta en absoluto —rió la muchacha.

Hockiss la abrazó fuertemente.

—Vine aquí porque alguien quería comprar la casa y los terrenos, pero la oferta no convenció a la familia y rechazamos el negocio. Tal vez hayas oído hablar alguna vez de los aserraderos Hockiss, en Tacoma

—Vives allí, supongo.

—Y tú también, aunque podremos venir aquí siempre que lo desees...

—Iré donde tú vayas, querido —respondió Prímula sencillamente.

Hockiss la besó y ella le devolvió el beso con pasión no disimulada. De pronto, echó la cabeza hacia atrás.

—Has atravesado el lago a nado...

—Con botellas de aire —sonrió él.

—Eres un tipo astuto, pero todavía no has dicho dónde está escondido el maletín con los billetes falsos.

—Eso mismo iba a preguntarle yo —dijo Smith, asomándose a la puerta de la estancia Hockiss se volvió, sin soltar a la muchacha.

—Mi balandro está amarrado a una boya, cuyo cable está sujeto a un lastre de cemento, a seis metros de profundidad. El maletín está allí, en una bolsa impermeable, lastrada también y sujeta a la anilla de la losa de cemento.

—Buen escondite —aprobo Smith—. Muchas gracias, señor Hockiss.

—Wegenberg responderá ahora de su asesinato, supongo —dijo el joven.

—Descuide, eso queda de nuestra cuenta —respondió el agente del Tesoro.

—Al menos, ha vengado a Ruth Fawcett, aunque no fuese esa su intención.

Hubo un momento de silencio. Smith se marchó y volvió a dejarlos solos.

—Prímula, a partir de ahora todo será ya normal —dijo Hockiss,

pasados unos momentos.

—Un matrimonio siempre es algo anormal en la vida de una chica.

—Hasta que se acostumbra a su nueva situación y todo vuelve a la normalidad.

—Pero siempre es una vida distinta...

Smith volvió a asomarse a la puerta.

—Perdonen, pero hay alguien en el lago que pide auxilio. Dice que no sabe cómo gobernar el balandro para llegar al embarcadero...

Hockiss se echó a reír. Agarró la mano de la muchacha y tiró de ella.

—Vamos a socorrer al hombre que tomó mi puesto, para distraer a Cartney y su cómplice —dijo.

Cuando salían de la estancia, un hombre asomó torpemente por otra puerta.

—Dispense, jefe, pero creo que se han llevado a la chica...

Jory vio el espectáculo y se calló en el acto. Inspiró con fuerza y añadió:

—Creo que aquí se acaba la historia —dijo, a la vez que extendía las manos para que le pusieran las esposas.

—Sí, tendrás que responder de la bomba que arrojaste a los amigos de Wegenberg —

dijo Hockiss.

Prímula le tiró del brazo.

—Nos espera tu amigo — le recordó.

Hockiss echó a correr de nuevo, con la mano de Prímula en la suya. Mientras descendían por la ladera hacia el embarcadero, pensó un instante en Ruth Fawcett.

El hombre que ordenó su muerte lo había pagado ya, se dijo. Cuando se disponía a desamarrar la motora de Prímula, se volvió hacia ella y dijo:

—Mañana vendremos a echar unas flores en el lugar donde encontramos a Ruth.

Prímula asintió.

—Sí, es una buena idea —convino.

Le miró un instante y luego le abrazó con todas sus fuerzas.

—Pero ahora me tienes a mí para toda la vida —agregó cálidamente.

FIN

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España